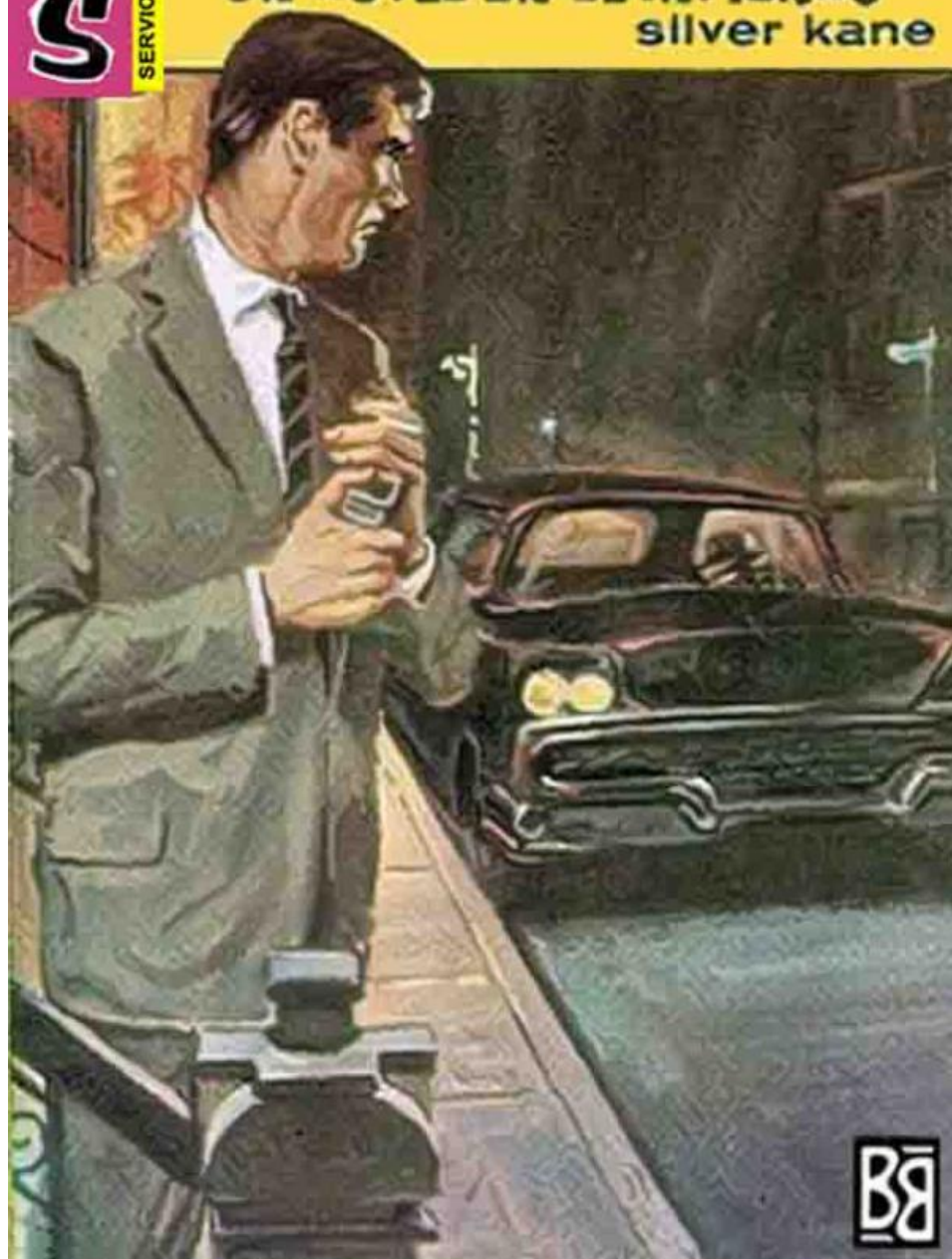


S
S

SERVICIO SECRETO

UN HOTEL EN EL INFIERNO

silver kane



B
B

Cuando Moresby llegó a Port au Prince en el raquítico avión que hacía la línea desde Honduras, acababa de salir de una borrachera de más de diez horas.

El avión había sufrido los coletazos de una tempestad desencadenada sobre el Caribe, pero él ni se enteró. Acababa de descender el último, y al tocar con los pies en tierra tuvo que sentarse en la escalerilla del aparato para no besar el suelo en contra de su voluntad.

Desde allí, contempló, con los ojos entrecerrados lo que podía ver de Haití, una de las islas más cerradas y misteriosas de Centroamérica.

En Haití, por lo visto, había mosquitos.



Silver Kane

Un hotel en el infierno

Bolsilibros - Servicio Secreto - 743

ePub r1.0

Lds 16.03.19

Título original: *Un hotel en el infierno*

Silver Kane, 1964

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





SILVER KANE

UN HOTEL EN EL INFIERNO

1ª. EDICCIÓN
ENERO - 1964

EDITORIAL

Proyecto, 2-T. 284453



BRUGUERA

BARCELONA (6)

CAPÍTULO PRIMERO

Cuando Moresby llegó a Port au Prince en el raquítico avión que hacía la línea desde Honduras, acababa de salir de una borrachera de más de diez horas.

El avión había sufrido los coletazos de una tempestad desencadenada sobre el Caribe, pero él ni se enteró. Acababa de descender el último, y al tocar con los pies en tierra tuvo que sentarse en la escalerilla del aparato para no besar el suelo en contra de su voluntad.

Desde allí, contempló, con los ojos entrecerrados lo que podía ver de Haití, una de las islas más cerradas y misteriosas de Centroamérica.

En Haití, por lo visto, había mosquitos.

Y un cielo metálico que enviaba al suelo olas de calor insoportable y pegajoso.

Y palmeras con pajarracos que se pasaban el día chillando.

Y policías con gafas negras.

Fue uno de esos policías el que se acercó a él, andando cadenciosamente, y clavó en el cuerpo de Moresby una mirada de esqueleto.

—¿Qué hace aquí? —le preguntó en francés.

Moresby estuvo a punto de contestar en inglés o en español, como si no recordara que el francés es el idioma oficial de Haití. Al fin hizo un guiño y se pasó una mano por los ojos.

—Ya ve; descansando.

Su francés resultaba impecable. No en vano Moresby había estado estudiando dos años en una Facultad de Ciencias de la Sorbona. No en vano había hecho el amor muchas veces —demasiadas veces— bajo los puentes del Sena.

El de las gafas le tocó suavemente con el pie.

—Andando.

Moresby sabía que, por orden especial del presidente Duvalier, todos los policías de Haití usan gafas negras. Sabía también que resulta peligroso oponerse a sus órdenes. Por eso remoloneó un poco, pero al fin terminó por ponerse en pie y caminar hacia la Aduana.

En la ventanilla de «Pasaportes» entregó el suyo, dentro de cuyas hojas había puesto un billete de diez dólares.

El policía lo retiró, comprobó los visados, vio que todo estaba correcto y puso el sello de entrada, pasándolo luego a Moresby a través de la ventanilla.

—¿Turista?

—¿Vienen muchos turistas aquí?

—Pocos. El clima no les gusta.

—Tampoco me gusta a mí. ¿Qué tal las mujeres?

—Hum...

Moresby se guardó el pasaporte.

—No me dé ninguna dirección, amigo. Yo vengo a recoger a mi legítima mujer. Esta vez voy a estar vigilado hasta los huesos; mala suerte.

Luego pasó al tablero de los de Aduanas. La mayor parte de los escasos viajeros que viajaban en el avión habían descargado ya, dejando una buena tanda de propinas. El puso sobre el tablero su maletín y permitió que lo abriesen.

Dentro había:

Instrumentos de aseo personal, comprendidos una máquina de afeitar eléctrica y una navaja de barbero.

Dos mudas.

Un traje lavable de fibra artificial.

Dos corbatas.

Una montaña de fotografías con chicas semidesnudas.

Una pistola automática con dos cargadores completos.

El de la Aduana miró la navaja ante todo.

—¿Para qué quiere esto, si lleva máquina de afeitar?

—Por si se estropea, o si por casualidad en Haití no han inventado la electricidad aún.

—No haga bromitas. Sepa que aquí podríamos electrocutarlo sin

ninguna dificultad. ¿Y las chicas? ¿Qué pintan las chicas?

—Son mis pretendientas. Las llevo conmigo porque aún no me he decidido a elegir.

—Se las confisco. Estas fotos son contrarias a la moral.

Moresby se encogió de hombros.

—Bueno, allá usted.

—¿Qué hace ahí esa pistola?

—También es contraria a la moral, ¿no?

—Peor. Es contraria a los reglamentos de Aduanas. Se la confiscaré hasta que salga del país; entrégueme la licencia.

Moresby la entregó, y mientras tanto, palpó con el codo el pequeño revólver chato que llevaba en su funda axilar. Siempre hacía lo mismo; enseñaba un pistolón y así no le registraban la pistolita.

—A su disposición —dijo.

—¿A qué ha venido a Haití, señor Moresby?

—A buscar a mi mujer.

—¿Dice la verdad?

Moresby levantó la mano derecha con mucha solemnidad, pero en realidad de una forma cómica.

—He venido a buscar a mi mujer. ¿Cree que hay algo más triste? ¿Se pueden hacer bromas con eso?

—¿Quién es su mujer?

—La doctora Moresby.

—La he oído nombrar, dicen que es muy guapa.

—Y tiene buenas piernas, pero para mí ya resulta aburrida. Adiós, amigo.

Retiró el recibo de los géneros confiscados, cerró su maletín y fue hacia la salida, donde aguardaba un reluciente taxi último modelo americano. Los dientes del chófer negro brillaban como si fuesen de nácar, pero quizá por eso mismo daban una extraña y un poco repulsiva sensación de fiereza.

El policía se le quedó mirando desde lejos a través de sus gafas negras.

—Extraño tipo... —musitó—. No sé si me habrá dicho la verdad. En todo caso, habrá que vigilarlo.

Fue hacia el teléfono y marcó un número, mientras Moresby subía al lujoso taxi.

En efecto, no había dicho la verdad, o había dicho la verdad a medias. Realmente había venido a buscar a su mujer, pero antes tenía que hacer otra cosa.

Matar a un hombre.

* * *

Durand estaba con una mulata.

Cuando llegó a Haití, tres meses atrás, pensó que ninguna de aquellas mujeres vociferantes, aceitunadas, malolientes en gran parte, le gustaría nunca. Pero tres meses son mucho tiempo para la soledad de un hombre.

Durand había tratado durante años a las mujeres fáciles de París, y durante años también a las mujeres no tan fáciles de Nueva York y Filadelfia. Las de Haití le causaron una sensación deplorable al verse entre ellas, pero ahora ya estaba acostumbrado. Había que saber distinguir entre las mulatas y las negras. Entre las mulatas había algunas auténticas bellezas, algunas perlas de singular encanto, algunos hallazgos que le proporcionaban horas de increíble placer. Y en cuanto al dinero que había que gastar con aquellas insignificantes mujercitas, era calderilla pura en los bolsillos bien repletos de Durand.

Los mismos empleados del hotel le proporcionaban amigas, algunas de las cuales pertenecían incluso a familias honradas, pero que no podían sufragar los gastos de cada día. La que ahora estaba en su habitación era precisamente una de ellas.

Durand, de cincuenta años, buena tripa, anchas posaderas y nariz de bebedor veterano, había pedido a la chica que se duchase mientras él preparaba unas copas.

Desde el cuarto de baño, contiguo a la habitación, le llegaba el zigzag de las aspas del ventilador y el canturreo de la muchacha.

—¿No terminas?

—Esta agua está que hierve, *cheri*.

—No se puede pedir otra cosa en esta cochina ciudad. Todo está lleno de mosquitos, todo hierve. Nadie ha instalado aún la maldita refrigeración en su maldita casa. Pero aquí estaremos bien, junto a la ventana. Ahora el sol se está poniendo. Vamos, nena, sécate de una vez.

La mulata cerró el grifo y, por contraste se hizo más fuerte aún el ruido de las aspas del ventilador. Luego la chica volvió a canturrear mientras se secaba y se daba una fricción de colonia sobre la piel color bronce, una piel que muchas veraneantes en las playas de moda hubieran deseado tener.

Al fin salió. Durand se pasó la lengua por los labios, que ya estaban secos, a pesar del *whisky*.

¿Qué edad tendría aquella chica? ¿Diecisiete? ¿Dieciocho?

Bueno, ¿qué más daba? Era joven, y ahí radicaba el detalle bueno. Con las mulatas no hay que perder el tiempo; las mujeres de los climas tropicales se pasan en seguida.

Ésta era quizá la mejor que había conocido. O sin «quizá». Ésta era, definitivamente, la mejor.

Durand se tendió en el diván que estaba situado cerca de la ventana abierta, en el piso más alto, sobre un paisaje de palmeras rutilantes y de pájaros que enloquecían a la hora del crepúsculo, buscando su hembra.

—Ven, nena, acércate.

Ella se acercó.

Pero antes de que Durand pudiese mover las manos, una voz metálica, áspera y desagradable, dijo en perfecto inglés desde la puerta:

—Celebro encontrarte, Durand. Ponte en pie.

El gordo cincuentón vio a aquel tipo alto, firme, que parecía tallado en bronce, apuntarle desde otra ventana que había en el fondo de la habitación. Cómo había conseguido llegar hasta allí, era imposible saberlo. Además, Durand no perdió tiempo en averiguaciones. Se lanzó a tierra.

Sobre la mesita, junto a las botellas de *whisky* y soda y el cubo de hielo, estaba su pistola, pero el recién venido no le dejó tocarla.

Tiró una sola vez, y el silenciador hizo apenas un «flap» parecido al taponazo de una botella de champaña barato. Un dedo de la mano derecha de Durand saltó al aire.

Durand contuvo un aullido de dolor porque imaginó que, si gritaba, las cosas serían aún peores. Moresby era un tipo a quien no le gustaba el ruido. Era capaz de hacer con él un trabajo de lo más cochino, si se ponía nervioso.

La mulata, con ese fatalismo de las razas acostumbradas a sufrir,

no gritó tampoco. Esperó acurrucada en un rincón a que se decidiese la pelea.

Imaginaba que ella sería el premio para el vencedor, y que resultaría inútil cualquier esfuerzo para evitarlo.

No suponía que la situación venía de muy lejos. Que el asunto había comenzado en Washington un año atrás.

—Ponte en pie —gruñó Moresby—. Ponte en pie, rata de alcantarilla.

—¿Cómo... has... llegado... hasta aquí?

—Eso no te importa. ¡Ponte en pie!

Durand obedeció. Sus ojos enviaban ahora a través del espacio la mirada angustiada de un perro acorralado.

Pero Moresby no sintió pena. Quizá no la había sentido nunca, al menos desde que empezó a cobrar el primer dólar por cuenta del Servicio Secreto. Señaló con su pistola la ropa que estaba sobre una butaca.

—Vístete.

—Sabes que no lograrás sacarme de aquí, Moresby.

—Te llevaré a Washington y te presentaré ante un Tribunal aunque sea la última cosa que haga en mi maldita vida.

—No te darán permiso para sacarme del país. Hace tres meses llegué aquí, ocultándome de un modo clandestino, pero ahora soy un personaje. Hay muchos políticos y policías que me deben favores. Puedo...

La voz metálica de Moresby volvió a chirriar.

—Tú no puedes hacer más que vestirme. Y ponerte guapo.

—El delito de que se me acusa no es tan grave...

—Suficiente para llevarte ante el verdugo. Vamos, vístete. Te había concedido tres minutos de vida y ya han transcurrido dos, pequeño puerco.

Durand se acercó a sus ropas. Siempre guardaba en ellas un pequeño revólver chato en previsión de circunstancias raras. Si lograba manejarlo mientras Moresby continuaba en la ventana, podría considerarse a salvo. Una lucecilla de esperanza febril se encendió en sus ojos.

—No intentes ninguna jugada, Durand. Sé de sobra que estoy en terreno enemigo y que no puedo permitirme ninguna distracción. Si haces un solo movimiento que no me guste, tiraré a matar.

—No intentaré nada...

En aquel momento Durand se volvió, intentando cubrirse con su americana, mientras en la mano derecha brillaba el revólver de cañón corto. No llegó a emplearlo.

La voz metálica dijo con suavidad:

—Tú lo has querido, gordo.

El silenciador produjo apenas el ruido de un taponazo. Otra vez pareció como si en la habitación se hubiera disparado una botella de champaña de mala calidad. Durand se llevó ambas manos al estómago, soltando el revólver, y emitió un ronquido.

Moresby adivinó que ahora, a continuación, su víctima chillaría de dolor, pero no le dejó oportunidad para hacerlo.

Un nuevo taponazo le voló la cabeza.

Luego se produjo un silencio espantoso, cruel. Un silencio que apenas se atrevió a disipar la mulata para preguntar en un francés balbuciente:

—¿Sabe que... esto... le costará caro?

—¿Era verdad lo que él ha dicho de influencias con los políticos?

—Ssss... sí.

—Está bien. No pienses más en ello, muchacha. ¿Cuánto te había prometido?

—No habíamos hablado de eso... aún. Pero lo mío no era cuestión de dinero. Mi padre está en peligro y yo pretendía que él...

—Que él le salvara, ¿verdad? Hay mucha gente que corre peligro en Haití, muchacha, y no creo que Durand haya salvado a nadie jamás. Pero quédate con todo lo que hay en sus bolsillos y lárgate. Te cubro tu retirada. Nadie te verá si saltas por esa ventana.

La muchacha hizo un hatillo con su ropa y saltó por el lugar que le indicaba Moresby. Al pasar junto a él le envió un perfume enervante y cálido, un perfume tropical hecho al mismo tiempo de suciedad, de deseo y de vida palpitante. Luego desapareció.

La muchacha llegó sin dificultad al parque del hotel. Una vez allí, se perdió en la espesura.

Moresby contempló unos instantes al muerto, el cual tenía la cabeza vuelta hacia él, con los ojos espantosamente abiertos. Luego desenroscó el tubo silenciador para que el revólver no hiciese tanto bulto, lo introdujo en la funda axilar y saltó él también, perdiéndose

en la espesura del parque del hotel, que iba a dar directamente a las arenas finas y ardientes de la playa.

Salió allí, dio un rodeo de más de tres kilómetros y al fin desembocó en una carretera recta y asfaltada, que se perdía entre palmeras en dirección a Port au Prince. Por allí no pasaba apenas nadie, excepto algunos nativos en bicicleta.

Desde el lujoso hotel que acababa de dejar atrás no llegaba el menor ruido. Sin duda Durand había dado órdenes severas para que no le molestasen en unas horas. Cuando algún camarero negro le subiese la cena fría y tendiese la mano para recibir la propina, se llevaría un buen chasco. Pero él no podía evitarlo. Nadie se molesta en dar propinas cuando ha tomado un billete para emprender el último viaje.

Llegó a Port au Prince una hora más tarde. Preguntó en uno de los pocos cafés elegantes cuál era la dirección del hotel Cantón. Supuso que aquel hotel, como tantos otros, sería un negocio personal del presidente.

Pero allí estaba su mujer, allí estaba la doctora Moresby.

Una mujer sin cuya ayuda le hubiera sido imposible matar a Durand, acabar con aquella pesadilla.

Ahora iba a verla. Ahora tenía que darle las gracias.

Su pequeña, su dulce, su encantadora doctora Moresby.

CAPÍTULO II

La mujer movió sus manos.

Eran unas manos que daban horror, unas manos largas, huesudas y sin apenas piel, donde el fuego o los ácidos habían dejado su marca imperecedera. Unas manos devoradas tiempo atrás por las llamas o el corrosivo y que uno no hubiera podido imaginar sino en la peor de las pesadillas.

Aquéllas eran las manos de la pequeña, de la dulce, de la encantadora doctora Moresby.

Tendida en su cama del hotel Cantón, con la mirada perdida en el techo, dejó que el hombre que estaba a su lado le pusiese suavemente unos finos guantes de piel blanca.

Inmediatamente, el aspecto horrible de las manos desapareció, y la doctora Moresby volvió a ser una mujer normal.

Bueno, normal en cierto modo.

Sus ojos seguían mirando el techo, sin un asomo de expresión, mientras su pecho subía y bajaba agitadamente, al compás de una respiración desigual, y la piel de su cuello temblaba, sacudida a intervalos por un repentino estremecimiento.

Abajo, en la conserjería del hotel Cantón, un hombre alto, delgado y de músculos fuertemente marcados bajo la tela liviana del traje, preguntó:

—¿La doctora Moresby?

—¿Desea verla, señor? ¿De parte de quién?

—Soy su marido.

El empleado, vestido con un impecable traje blanco, fue a una cabina y habló por teléfono. Es decir, no transmitió el recado delante de Moresby.

A éste, sin embargo, no le llamó la atención aquello en el primer

momento. Con aire distraído miró el vestíbulo del hotel.

Éste era uno de los mejores de Port au Prince, y pese a ello, todos los empleados, excepto el que le había atendido, iban vestidos con trajes desaseados y algo sucios. El vestíbulo estaba pintado de blanco y en su techo había unos ventiladores de aspas gigantes que runruneaban perezosamente. Por las abiertas ventanas entraba una brisa fresca, pero también entraban los mosquitos. Una cálida y suave pereza lo envolvía todo, ofreciendo la estampa de un viejo edificio colonial en la hora de la siesta. Unas plantas tropicales colocadas en los ángulos también parecían dormitar y al mismo tiempo espiar a los intrusos. Las puertas de las habitaciones aparecían cerradas y quietas.

Sólo alguna doncella mulata pasaba por allí de cuando en cuando, balanceando las caderas pesadamente.

Moresby se volvió con suavidad cuando tuvo la sensación de que alguien estaba a su espalda. Era una sensación inconcreta y lejana, pero tan molesta como una picadura.

Vio tras él al tipo de las gafas negras, impecablemente vestido. Era un desconocido, pero Moresby no necesitó que le enseñase la placa. El fulano olía a policía del Gobierno a cien millas.

El de las gafas negras dijo con suavidad:

—Me han asegurado que usted pregunta por la doctora Moresby.

—Sí.

—¿Por qué razón?

—Mire, amigo, yo pasé con ella la noche de bodas y usted no. De modo que aligere.

—¿Es su marido?

—Desde los zapatos hasta el cogote.

—Haga el favor de seguirme.

Moresby obedeció, pero el policía no pudo ver que sus mandíbulas se habían puesto tensas.

También estaban tensas cuando mató a Durand en el hotel cercano a la playa. También lo habían estado otras veces, cuando mentalmente tomaba medidas para un ataúd.

Susurró:

—¿Por qué, para ver a mi mujer, necesitó la ayuda de la policía?

—Es un caso especial. Venga.

En el hotel no había ascensor, pero sólo tenía tres plantas.

Moresby subió hasta la segunda oyendo tan sólo el rumor de sus pasos y el suave runruneo de los ventiladores.

El policía abrió la puerta de una habitación.

—¡Mire!

Ella, Ellen Moresby, de soltera Ellen Roy, estaba allí, pero estaba de un modo muy especial. Tendida en el lecho, con la mirada pérdida, espantosamente quieta a no ser por la agitación de su pecho, parecía más bien una estatua que una mujer.

Moresby quedó quieto en el umbral.

Miraba sus manos.

El ya conocía aquellas quemaduras, causadas con ácido nítrico y agua a causa de un experimento desdichado. Conocía también que Ellen se veía precisada a usar guantes blancos para no infundir horror.

Pero lo otro, no. Lo otro no lo sabía.

Desconocía el porqué de aquellas manchas moradas en la piel de Ellen. El porqué de su mirada perdida, el porqué de aquel abatimiento que apenas le permitía mover sus castigados músculos.

Por fin Moresby movió un poco la cabeza. Sus facciones seguían espantosamente tensas.

—¿Qué le ha ocurrido? —farfulló—. ¿Un accidente?

—Podemos llamarlo así.

—¿Qué clase de accidente?

El hombre de las gafas negras apenas despegó los labios para decir:

—Una paliza.

—Una paliza..., ¿propinada por quién?

—Por nosotros.

Moresby, en el primer momento, no se movió. Sólo sus facciones estaban tensas, tan blancas y tan tensas como la piel de un tambor a punto de romperse.

El policía dijo:

—Su esposa va a morir, señor Moresby. La hemos traído aquí al saber que usted venía.

Moresby tampoco se movió.

De pronto todos sus músculos parecieron sufrir una convulsión, sus dientes produjeron un chasquido y sus manos volaron, sin que él mismo se diera cuenta, hacia el cuello del hombre de las gafas

negras.

Maquinalmente le hizo una presa mortal. Moresby no pensaba en este momento, sólo sabía que iba a matar y que ello le causaría un inenarrable placer. Apretó un poco más y oyó el chasquido de los huesos, aunque no el alarido de su víctima.

Bruscamente, alguien apareció a su espalda y le golpeó dos veces con la culata de un revólver. Moresby cayó hacia atrás, en silencio, mientras mil lámparas de petróleo parecían estallar dentro de su cráneo.

CAPÍTULO III

Cuando despertó, estaba sentado en una butaca tapizada de cuero rojo. No estaba tendido en el suelo, como hubiera parecido lógico, sino sentado y además con cierta comodidad. Frente a él, un ventilador le enviaba una corriente de aire fresco a la cara.

Quizá era aquello lo que le había despabilado, o quizá el *whisky* que aún sentía quemándole en la garganta. No podía estar seguro de nada.

Pero lo cierto era que se encontraba en un despacho, seguramente del mismo hotel, porque las paredes también estaban pintadas de blanco y la brisa penetraba a través de las ventanas abiertas. Los muebles eran de cuero rojo y madera clara; la habitación olía a licor caro y a aire marino. El hombre de las gafas negras, aquél a quien Moresby había intentado matar, estaba sentado frente a él y le ofrecía sorprendentemente una pitillera abierta.

—¿Un cigarrillo?

Moresby se sentía mareado. Dijo que no.

Notó al tacto que le habían quitado el revólver chato de la funda axilar. Mal asunto, porque ahora podrían comparar sus balas con las halladas en el cuerpo de Durand. ¿Pero qué importaba ya eso?

—Quiero hablarle, señor Moresby —dijo el hombre de las gafas negras—. Usted ha intentado matarme, pero me hago cargo de su reacción. Deseo no tenerlo en cuenta.

—¿Fue usted de los que vapulearon a mi esposa?

—No. Fueron los «tonton-macoute»^[1].

Moresby apretó los labios.

—¿Por qué se aguanta las sacudidas que le he dado en el cuello y por qué no me acusa de intento de asesinato? ¿Acaso porque soy

un ciudadano norteamericano?

—Quizá. El presidente no tiene miedo a nada, pero desea evitar un conflicto diplomático. Usted es un agente especial del Gobierno de los Estados Unidos. Ello le obliga a controlar sus reacciones y a pensar bien en lo que voy a decirle.

Moresby sacudió la cabeza. Pensó que la situación era increíble, pero decidió escuchar.

—¿Qué es lo que tiene que decirme?

—Nada que ya no sepa en realidad, pero deseo recordarle unas cuantas cosas. En primer lugar que Haití goza de un régimen presidencialista, un régimen muy al estilo de los países del Sur. Es decir, el presidente Duvalier ostentará el cargo mientras viva. Ustedes, los del Tío Sam, se ríen de nuestras elecciones y dicen que están amañadas, pero éste es asunto nuestro. No pretendemos que los yanquis nos entiendan, pero sí que nos dejen absolutamente en paz.

—¿Y qué pinta mi mujer en todo esto?

El hombre de las gafas negras siguió diciendo cansinamente:

—Haití es una isla muy especial. Sabe usted que está partida en dos, y que la mitad derecha corresponde a la República Dominicana. Haití formó parte del Imperio francés, y Santo Domingo de la Corona española. Eso explica sus grandes diferencias, una de las cuales es el idioma. La otra es la religión; aquí imperan las supersticiones y el rito vudú. Ya sabe usted lo que es eso: Un rito en el cual se mezclan el culto a los muertos y el culto a la sangre. Algo que no tiene traducción exacta.

—Repito: ¿qué papel juega mi mujer en todo esto?

—La frontera ha sido siempre nuestra pesadilla —continuó diciendo calmosamente el otro—, al menos desde que fue asesinado en el país vecino el presidente Trujillo. Tenemos muchos enemigos dentro y fuera de Haití, y por ello todos los extranjeros son sospechosos en principio. Su esposa, la doctora Moresby, estuvo muy vigilada.

—¿Y...?

—Supimos que estaba en contacto con un enemigo del presidente. Un hombre llamado Cristóbal Gueraes.

—¿Portugués?

—De ascendencia portuguesa, pero él ha nacido en Haití. ¿Le

interesa mucho conocer la rama genealógica de ese individuo, señor Moresby?

La voz del policía era burlona. Moresby susurró:

—Me interesa saber si el dichoso presidente ha aprobado la paliza dada a mi mujer.

—El presidente no sabe nada, así como tampoco los principales miembros de su Gobierno; es decir, al menos no saben nada directamente. La represalia ha sido cosa de los «tonton-macoute», la parte más selecta de la policía presidencial. Ya sabe usted que el pueblo sencillo de Haití cree incluso que esos hombres son inmunes a las balas.

—He oído comentarlo.

—Su esposa se negó a ayudarnos y fue golpeada. ¡Oh, no crea usted que con mala intención! Lo que ocurre es que nadie sabe hasta dónde va a llegar la resistencia de una muñeca tan delicada. Uno de los golpes en el hígado la ha puesto en situación muy delicada. Sabemos que va a morir.

Las facciones de Moresby seguían estando tensas, horriblemente tensas, pero ahora el otro lo notaba.

—Le advierto que uno de mis compañeros le está apuntando desde la puerta —dijo a media voz.

—Lo suponía.

—Haití es una tierra aún salvaje —siguió diciendo el otro, ya más tranquilo—. Una de nuestras islas es la famosa isla Tortuga, donde se reunían los piratas aún no hace siglo y medio. Dentro de la selva no hay ley. Eso le explicará en parte nuestra rudeza; si no somos fuertes, moriremos aplastados.

Moresby preguntó con una extraña calma:

—¿Qué quieren de mí?

—Poca cosa. Que no proteste ante la Embajada de su país y que no promueva ningún incidente. A cambio de ello, nosotros le permitiremos pasar en paz las últimas horas con su esposa.

—¿Y si no acepto?

—Su esposa podría aún sufrir bastante antes de morir, señor Moresby.

—Lo daré por bien empleado, y supongo que ella también, si me llevo a ocho o diez hombres por delante, gusano de las gafas negras. Puedo jurarle que ya tengo hecho el aprendizaje del oficio de matar.

—No le conviene, señor Moresby. No sólo le liquidaríamos antes de que pudiese intentar nada, sino que debe reflexionar. Le conviene estar junto a su esposa en las últimas horas. Consolarla. Hablar con ella.

—¿Hablar con ella sobre qué? ¿Sobre mi cobardía? ¿Sobre el hecho de que aún no he visto la sangre de los que la han golpeado?

—Hablar con ella del señor Gueraes, por ejemplo —sugirió el policía.

Y su entonación fue tan extraña que Moresby adivinó inmediatamente que algo se ocultaba tras aquellas palabras. Susurró:

—¿Por qué habla así? ¿Qué hubo entre mi esposa y Gueraes?

—Ambos fueron amantes —dijo el policía lentamente—. El fue el gran amor de su vida, el gran amor de la doctora Moresby.

CAPÍTULO IV

Moresby entró lentamente en la habitación. Sus pies parecían pesarle como si fueran de plomo. Sus ojos entrecerrados parecían recibir con demasiada intensidad la luz blanca que se reflejaba en las paredes.

Su rostro era como una máscara.

Cerró poco a poco la puerta a su espalda y se apoyó en la hoja de madera como si estuviese muy cansado. Vio que la mujer seguía teniendo los ojos fijos en el techo, pero ahora, muy lentamente, los iba volviendo hacia él.

Estaba anocheciendo, pero por la ventana abierta aún entraba demasiada luz; pese a las cortinas de gasa, algunos mosquitos se habían introducido en la estancia.

Ella susurró, apenas sin voz:

—Lo has prometido, ¿verdad?

—¿Qué tenía que prometer?

—Que nada dirás a la Embajada de los Estados Unidos. Que atribuirás mi muerte a un accidente. Que me harás sepultar aquí mismo para que no surjan reclamaciones y que olvidarás lo sucedido. ¿No es eso lo que has prometido, Pat Moresby?

El dijo con un soplo de voz:

—Sí.

Hubo un largo, un pesado silencio. Moresby notaba los ojos de su esposa quietos y clavados en él.

—Te parece una cobardía, ¿verdad?

—No, Pat, no me parece una cobardía. Era lo único que podías hacer porque de lo contrario te hubieran matado a ti también. Y. al fin y al cabo, yo voy a morir igualmente.

—Tú no morirás, Ellen.

Ella sonrió débilmente. Y su sonrisa era tan amarga que Pat Moresby se dio cuenta de que acababa de decir una tontería. Ellen sabía que iba a morir. Realmente lo sabían los dos.

—Ningún médico me asistirá mientras esté aquí —susurró la mujer—, y aunque me asistiera, sería inútil. Tengo el hígado destrozado... Lógicamente no puedo vivir más de veinticuatro horas.

Moresby descolgó el teléfono. Su mano derecha no temblaba al marcar el número. Pidió comunicación con el médico de la Embajada norteamericana.

Pudo localizarlo. Era el doctor Turner, al cual conocía desde algunos años atrás.

—¿Qué hay, Pat?

Pat Moresby sabía que su comunicación estaba controlada desde la centralita y que serían anotadas cuidadosamente todas las palabras.

—Necesito que vengas urgentemente al hotel Cantón, habitación doce —dijo—, para hacer un diagnóstico. Pero en el bien entendido de que, veas lo que veas y pienses lo que pienses, tienes que guardar un absoluto secreto profesional.

—¿Por qué Pat?

—Quizá nunca pueda explicártelo. Pero es muy importante.

—Está bien; voy en seguida.

—Quizá haya algún agente del Gobierno haitiano vigilando mientras tú examinas a la enferma. No te extrañe; lo único que te recomiendo es que no digas una palabra. Exijo el más absoluto secreto profesional.

—Sabré guardarlo, por descontado; hasta ahora, Pat.

—Hasta ahora, Turner.

Turner era un tipo de unos cincuenta años, con cabellos blancos y cara de estar aburrido de la vida, de los climas cálidos y de las mujeres negras. Llegó diez minutos más tarde, pues Port au Prince es una ciudad pequeña.

Un policía se coló en la habitación tras él y permaneció quieto junto a la puerta, para escuchar palabra por palabra todo lo que se decía.

Turner examinó interrogativamente con los ojos a Moresby.

—Es ésta, Turner.

—¿Tu... tu esposa?

—Sí. Quiero que la examines detalladamente. Quiero que me digas si es seguro que va a morir.

—Pero...

—Repito que, sobre lo que veas o pienses, deberás guardar un absoluto secreto profesional, Turner.

El médico se inclinó sobre la herida, la destapó e hizo un examen concienzudo de su cuerpo, examen que el policía de las gafas negras siguió con su mirada complacida. Ellen era una mujer joven y bonita, por eso el buitre no se perdió un solo detalle del examen.

Por fin Turner se volvió lentamente.

—Va a morir, Pat.

—Gracias; es todo cuanto quería saber.

—¿Quién diablos...?

—Eso no te importa, Turner; yo sólo quería saber si hay alguna esperanza y tú acabas de decir que no. Es todo.

Se produjo un instante de tenso silencio. Turner miraba a la herida y luego a la puerta, no sabiendo sí marcharse o no. Al fin Moresby fue quien rompió aquella tensión para decir:

—¿Existe alguna probabilidad para salvarla? ¿Puedo hacer algo?

—Nada, Pat.

—¿Cómo se producirá la muerte?

—Por coma hepático.

—¿Cuándo?

—Supongo que... mañana.

Las preguntas y respuestas, hechas en entilo telegráfico, eran secas y frías en labios de Moresby. A pesar de saber que aquél era un hombre acostumbrado a encontrarse con la muerte cada día, su frialdad resultaba estremecedora.

—Nada más, Turner.

—Supongo que no me necesitarás para certificar la defunción... t.

—No. Ya la certificará un médico de la policía. Y no olvides que no debes decir una sola palabra de todo esto, Turner; si hablaras con alguien me podría costar la vida.

—Descuida, no lo haré.

Turner salió silenciosamente, sin que Moresby moviera un solo

músculo de su rostro.

Tan alto, tan fuerte, tan poderosamente cruel, parecía un gigante al lado del moreno policía de gafas negras.

Éste se escurrió silenciosamente, tras dirigirle una inexpresiva sonrisa de conformidad.

Ahora Moresby quedó solo. Ahora sabía que no había ninguna esperanza, sólo le quedaba aguardar a qué Ellen muriera. Tenía una completa confianza en el ojo clínico de Turner, un hombre que pudo haber hecho una gran carrera y que estaba adscrito a los servicios de una oscura Embajada, a causa de su afición a dos cosas rubias: el *whisky* y el cabello de algunas señoras.

Ahora sólo faltaba saber cuánto tardaría en morir Ellen. Eso y lo que había existido entre ella y un hombre llamado Gueraes. Si era cierto que ella moría no recordándole a él, a Pat Moresby, su marido, sino a otro hombre que había luchado por lo que él creía la libertad de Haití.

Ella parecía adivinar sus pensamientos, pero no se atrevía a turbarlos. Le seguía con la mirada quietamente, como hipnotizada, y sólo al cabo de algunos minutos hizo una inesperada pregunta:

—¿Has matado a Durand?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hace muy poco, a la hora escasa de estar en el país. Así es como hay que hacer esa clase de trabajos: limpia y rápidamente. Claro que no hubiera conseguido nada de no ser por ti.

—Yo sólo hice lo que tú me habías pedido.

—Jamás agente especial americano tuvo una ayudante tan eficaz como yo —reconoció Moresby—. Mi propia esposa convertida en espía... —Hizo una breve pausa y prosiguió—: Cuando llegaste a Haití con la excusa de realizar un estudio sobre la fauna de las mariposas tropicales, lo que en realidad hiciste fue espiar a Durand. Localizarle, estudiar sus costumbres, ver cuáles eran sus flancos vulnerables. Gracias a ti, he conseguido encontrarle en un momento en que, prácticamente, no podía defenderse. Como era de temer, se ha negado a entregarse y he tenido que balearlo. Me hubiera gustado llevarlo ante un Tribunal de nuestro país, pero así el asunto está resuelto igualmente.

Ella suspiró con cansancio.

—Sin embargo, todo lo he estropeado yo, ¿verdad?

—Tú no has estropeado nada.

—El plan era que te reunieses conmigo, después de acabar lo de Durand, y salir los dos en seguida de la República de Haití. Ahora, ¿cómo salimos? Vas a tener que perder un tiempo precioso. Incluso es posible que, mientras tanto, descubran que fuiste tú quien mató a Durand.

—Eso no tiene importancia.

—Sí que la tiene. Debes marcharte en seguida, Pat. Déjame sola.

—Nunca lo haré.

—¡Déjame sola!

La breve exclamación, junto con las palabras anteriores, dejaron desfallecida a Ellen. Ésta, que había alzado la cabeza levemente, la abatió sin fuerzas, con un rictus de dolor en los labios. Moresby se preguntó amargamente si aquella petición por parte de Ellen obedecía sólo al deseo de ayudarle. Si no palpitaba también en ella la necesidad de estar a solas con sus pensamientos y con el recuerdo del otro.

¿O quizá el otro vivía aún? *¿Quizá aún podía verla?*

Sin darse cuenta, se estremeció.

No sabía si había amado mucho a Ellen o si simplemente estaba habituado a ella, porque durante años había sido su más eficaz colaboradora. Lo que sabía era que la necesitaba, que no podía dejarla sola. Con las facciones tensas otra vez, dijo fríamente:

—No me marcharé.

—Entonces pediré a Dios que se me lleve pronto, Pat.

—¡Calla!

Los ojos de la mujer rodaron cansinamente por el techo antes de posarse nuevamente en el rostro de Moresby.

—Tú eres, ante todo, un agente secreto, Pat. Has nacido para eso.

—¿Y qué?

—Para un hombre como tú, las mujeres somos un estorbo. Un hombre como tú tiene que vivir y morir solo.

—Repito que nada hubiera conseguido sin ti. Sólo gracias a tu ayuda ha sido desbaratado el negocio de Durand, ese asqueroso comerciante de drogas y tratante en mujeres.

—El ha muerto, pero su negocio existe aún, Pat.

—¿Cómo?

—No creas que es casualidad que yo esté precisamente en este hotel.

Los ojos del agente chispearon.

Ella continuó con un soplo de voz:

—Supe que aquí tenían que reunirse todos los colaboradores de Durand. Son cuatro, dos hombres y dos mujeres. Por eso alquilé una habitación en este hotel, de donde me sacó la policía para interrogarme. Pero la reunión se celebrará igualmente.

Moresby giró apenas la cabeza para mirarla. Sus facciones volvían a estar tensas.

—¿Cuándo? —susurró.

—Esta misma noche y en la habitación contigua —explicó ella fatigosamente, con sólo un soplo de voz—. Los tendrás todos aquí dentro de dos horas.

CAPÍTULO V

Eran dos hombres y dos mujeres, como había explicado Ellen. Y llegaron, efectivamente, dos horas más tarde.

Pertenecían a esa clase especial de personas jóvenes que sólo suelen encontrarse en algunos países del Sur, jóvenes, cuyos abuelos tuvieron esclavos, cuyos padres son millonarios y cuyas madres deambulan lánguidamente por los mejores casinos de Europa.

Jóvenes que pilotan un «Austin» descapotable blanco o un «Alfa Romeo» rojo, que beben al año barriles de *whisky*, que de vez en cuando organizan sangrientas cacerías para tener emociones y que golpean a las mulatas después de poseerlas. Jóvenes por cuyas manos tiene que correr un río de oro, para que no llegue a correr un río de sangre.

Los dos hombres tenían un aspecto deportivo, sano y alegre. Vestían pantalones blancos y ajustados nikis del mismo color, dejando ver la suave pero firme musculatura. Ninguno debía haber cumplido aún los treinta y cinco años.

Ellas eran más jóvenes, pues debían frisar en los veinticuatro. Llevaban ceñidos pantalones color gris-negro, blusas muy abiertas y pañuelos en la cabeza, para no despeinarse con la velocidad del coche. Su piel blanca y fina destacaba poderosamente en aquella ciudad de pieles aceitunadas, cobrizas o negras.

Viajaban por parejas. Detuvieron los coches frente a la puerta del hotel y saltaron ágilmente a tierra.

Uno de ellos se encaró con el conserje.

—Nos espera el señor Durand.

—¿El señor Durand?

—Sí, pasmado. ¿No tiene él reservada una habitación aquí?

—Sí, la catorce, pero...

—¿Pero qué? ¿No nos está esperando?

—No ha llegado aún.

Una de las chicas encendió un cigarrillo.

—Eso no importa; le esperaremos nosotros. ¿Dices que es la catorce?

—Sí, señorita.

Los cuatro subieron. Las chicas movían un poco pesadamente las caderas al ascender los peldaños, porque el clima tropical y la ingestión de bebidas no las dejaba estar delgaditas. Los ojos del conserje mulato tenían un brillo hambriento al seguirlas.

Abrieron la habitación, que tenía la llave en la cerradura y se dejaron caer por las distintas butacas o sobre la cama.

—¿No hay *whisky*?

—Nada, esto está seco.

—Durand no puede tardar.

—No; él es puntual.

—¿Por qué nos habrá citado en este hotel?

—Es un sitio tan bueno como otro cualquiera; precisamente al no hacer nada por ocultarnos, no llamamos la atención.

Una de las chicas, la que había encendido antes un cigarrillo, cabalgó una pierna sobre la otra.

—¿Por qué nos habrá citado ahora Durand precisamente a los cuatro?

—Siempre, por estas fechas, solía repartir los beneficios.

—Pero lo hacía separadamente. A los cuatro a la vez no le gustaba reunimos.

—Debe haber alguna razón; quizá un peligro... En todo caso, es seguro que saldremos de aquí con mucho dinero. Yo no me preocuparía hasta que por esa puerta aparezca Durand. ¿Estamos?

Los cuatro encendieron cigarrillos y se dispusieron a esperar. Pero el tabaco sabía mal en aquella habitación que olía a vacío, donde el aire era espantosamente cálido, por no funcionar los ventiladores, y donde faltaba el alcohol.

Al fin una de ellas bostezó.

—Voy a acabar por dormirme...

—Más vale que estés bien despierta, Susan. Pienso que Durand ya no puede tardar.

—Antes era más puntual...

En aquel momento la puerta de la habitación se abrió sin que nadie llamase.

Un mulato gigantesco, hercúleo, con tipo de luchador de catch, apareció bajo el dintel.

Llevaba un pequeño maletín color chocolate colgando de la mano derecha. Su traje color claro estaba arrugado por las solapas, y llevaba el sombrero invertido, es decir atrás la parte delantera. Fue eso lo primero que llamó la atención a los que estaban en la pieza.

Susan musitó:

—¿Qué te pasa, Ringo?

—El señor Durand.

—¿Qué ocurre con el señor Durand?

Ringo boqueó un par de veces antes de contestar. Se notaba que estaba terriblemente asustado a pesar de su fortaleza.

—Durand ha muerto —dijo al fin.

Todos se pusieron en pie como movidos por un solo resorte. De ningún modo fue pena lo que se pintó en sus rostros; fue alarma. Uno de los hombres preguntó:

—¿Cómo ha muerto?

—Lo han asesinado, señor Jounot.

—¿Cómo lo sabes? ¿Lo has visto tú?

Ringo cerró la puerta y se dejó caer sobre la cama, secándose con el dorso de la mano el sudor que empapaba su frente.

—Sí, lo he visto yo mismo —balbució—. Fui a buscarlo con el coche al hotel a la hora que él me había indicado. Tenía una cita con una mulata, me parece, con una chiquilla de ésas. Entré en su habitación y la chiquilla ya no estaba, pero Durand, sí. Lo habían repasado a balazos. Llevaba muerto al menos dos o tres horas.

Entre el silencio de los demás, dejó caer el maletín al suelo y lo envió de un suave puntapié al centro de la habitación.

—Esto era lo que había allí; no lo he abierto, pero supongo que era el dinero que tenía que repartir. Lo he traído para no dejar nada importante en aquella habitación.

El llamado Jounot levantó el maletín.

—Eres muy cuidadoso para no ser más que un cochino negro, Ringo. Muy bien, si eso es el dinero, tú tendrás tu parte. Veamos.

Puso el maletín sobre una de las mesitas y lo abrió, valiéndose

de la llave que estaba colgada del asa. Lanzó una exclamación ronca al ver que dentro no había más que ropa. Camisas limpias y unos pares de calcetines frescos, además del resguardo de un establecimiento de guardaobjetos.

Lo probable era que allí, precisamente allí, en la dirección de aquel guardaobjetos, estuviera el dinero.

Ringo parecía sentirse tan abatido, que ni siquiera se fijó en eso. Pero los cuatro se miraron ansiosamente.

* * *

Ellen dijo casi sin voz, con los ojos cerrados a causa del abatimiento:

—Ya han llegado... Oigo sus voces en la otra habitación.

—Sí, también las oigo yo.

—Siento... no poder servirte de ayuda, Pat.

—No te preocupes, bastante me has ayudado con lo de Durand. Además, pensaba en otra cosa.

—Sí, ya lo he notado... Estás como ausente.

Moresby se volvió y preguntó de una forma inesperada:

—¿Conocías a un tal Gueraes?

No vio el menor cambio en la expresión de la mujer. Ella siguió tan hermética, tan misteriosamente lejana como desde que él entró en aquella habitación. Tarde casi un minuto en responder, como si no hubiera en tendido la pregunta, pero al fin dijo:

—Nunca he oído ese nombre. ¿Por qué?

—Gueraes es, al parecer, un enemigo del régimen.

—Yo nada tengo que ver con eso, Pat.

—¿De veras no lo has oído nombrar nunca?

—No.

Pat apretó los labios.

Su mujer mentía, mentía cínicamente. No sólo el policía le había dicho lo de Gueraes, sino que además no se comprendía de otro modo lo de la paliza que iba a costarle la vida. ¿Pero por qué le mentía Ellen? ¿Cómo puede mentir de ese modo una mujer que va a morir?

—¿Qué te ocurre, Pat?

—Nada —musitó él—. Nada.

Salió bruscamente de la habitación. Por el blanco pasillo estaba deambulando el policía que antes le habló en el despacho. Moresby se detuvo frente a él, mientras otra vez sus facciones se ponían tensas.

—¿Quién le explicó lo de Gueraes? —preguntó entre dientes.

—¿Es que no me ha creído?

—Quiero dar una oportunidad a mi esposa. Quiero creer que es ella la que no me miente: ¿Quién le explicó lo de Gueraes?

—Se sabía en todos los lugares de Port au Prince.

—¿Pero quién fue el que, de una manera oficial, los acusó de ser amantes?

—Se hizo un expediente con todas las garantías. Lo llevó el comisario Chaves. Cuando... todo haya pasado, podrá hablar con él. Seguro que le dará detalles aunque no van a gustarle ni pizca.

Moresby dijo secamente:

—Gracias.

Volvió a la habitación, pero no para mirar a Ellen, que había cerrado otra vez los ojos. Lo que hizo fue consultar una reducida guía de teléfonos de Port au Prince. La dirección del comisario estaba allí bien clara, y la retuvo mentalmente.

Miró a través de la ventana. Había anochecido ya, y él sabía que muchas calles de la ciudad estaban apenas iluminadas.

Salió de la habitación.

—¡Oiga, Moresby!

No hizo caso de la voz. Salió también del hotel, caminando a zancadas largas y elásticas hacia la zona de sombra de las palmeras. Notó los pasos apresurados del policía a su espalda.

—¡Moresby!

Había dejado atrás la zona del hotel y sus luces, y estaba en una pequeña plaza casi circular, de casas bajas y blancas, parecidas a chozas. Las palmeras circundantes no dejaban apenas penetrar un rayo de luz. Sólo a una manzana de distancia del hotel, el mundo parecía completamente distinto.

Los pasos se acercaron más.

—¡Oiga, Moresby, no me obligue a...!

El agente se volvió. Sus facciones estaban espantosamente tensas y sus ojos brillaban, pero el otro no lo veía.

Una pequeña pistola relucía en la derecha del hombre de las

gafas negras.

—Voy a disparar si no vuelve en seguida al hotel, Moresby. Ya sabe cuál era el trato. No debía causarnos complicaciones.

—Estoy seguro de que apretará el gatillo, amigo. ¿Por qué no lo hace ya? No va a tener problemas con mi cadáver.

El otro movió ligeramente la mano derecha. Ya debía estar harto de aquel asunto, de aquel maldito yanqui y de todo lo que se relacionara con él. Moresby adivinó el instante justo en que dispararía, y un segundo antes movió el brazo izquierdo, que pareció surgir de entre las sombras como una catapulta.

El policía no vio nada; sólo sintió el terrible impacto en su muñeca, y lanzó entonces un gemido de dolor. El brazo derecho de Moresby emergió entonces a su vez desde las sombras. La mano abierta fue en dirección al cuello del policía, y el choque sordo se mezcló con un siniestro crujido de huesos. Lanzando una maldición, Moresby se dio cuenta inmediatamente de que el nerviosismo le había hecho golpear mucho más fuerte de lo que hubiese querido.

El tipo se desplomó flácido como una estatua de gelatina. Antes de que cayese del todo al suelo, Moresby ya se había dado cuenta de que estaba muerto.

El golpe le había roto las vértebras cervicales. Moresby apretó rabiosamente los puños.

Cierto que aquel golpe era uno de los más peligrosos que conocía, pero no resultaba necesariamente mortal. Aquel tipo debía ser una especie de alfeñique, aunque no lo parecía, para haber quedado tieso tan rápidamente.

Pero Moresby no tenía demasiado tiempo para pensar. Retiró la pistola de junto al cadáver y se la puso entre la camisa y el pantalón; luego sujetó el cuerpo por las solapas de la americana para arrastrarlo hasta la parte posterior de una casucha que aparecía completamente a oscuras. Vio un enorme vertedero de basuras y lo arrojó allí. Al fin se sacudió las manos como el que acaba de realizar un trabajo bien hecho.

Pero Dios sabía que no estaba contento. No, no lo estaba ni lo volvería a estar jamás, hasta que sus ojos se cerraran para siempre.

Un solo nombre martilleaba en su cerebro: Gueraes.

Y una sola pregunta: ¿Por qué?

¿Por qué le había engañado Ellen? ¿Por qué, incluso en el

instante de morir, no le confesaba su culpa?

¿Tanto amaba al otro? ¿Tan en el fondo del fango se había hundido su matrimonio, la dicha que un día se juraron los dos?

No tenía idea de dónde se encontraba la calle en que vivía Chaves, pero lo preguntó sin ningún temor. Un muchachuelo negro se la indicó; era allí cerca; realmente no había distancias largas en Port au Prince.

La casa de Chaves era una torrecita estilo colonial, separada de las otras por un seto vivo y una silenciosa muralla de palmeras alineadas como soldados. Sólo había luz en una habitación, y bajo la noche tropical la calle estaba silenciosa.

Hubiérase dicho una zona residencial de Honolulu, y sólo faltaban las estrellas entre las hojas de las palmeras para que la ilusión fuese más perfecta. Y la música del ukelele. Pero Moresby sólo pensaba en este momento en la música del plomo.

Salto ágilmente el seto y se encontró en un jardín cubierto de césped. Cómo podía vivir aquel césped allí era una especie de milagro. Avanzó hacia la ventana iluminada y vio que estaba abierta, cosa natural por el calor.

La habitación a la cual daba aquella ventana era un despacho, ante cuya mesa se hallaba sentado un hombre. Iba en mangas de camisa, lucía un pesado bigote y en torno a sus ojos se notaba la profunda huella de las gafas, a pesar de que no las llevaba en aquel momento.

Moresby saltó ágilmente por la ventana, y el otro se quedó petrificado al verle.

—¿Quién es usted?

—¿Y usted? ¿Es el comisario Chaves?

—¿Por qué ha entrado aquí?

—Contésteme. ¿Es el comisario Chaves?

—Sí, lo soy. Y le advierto que...

—Yo soy el marido de la doctora Moresby.

Los músculos del otro se tensaron; todo en él se puso alerta, y una luz recelosa asomó a sus ojos. Continuó con las manos sobre la mesa, pero las puso muy cerca del cajón central.

—¿Qué quiere?

—Voy a hacerle una pregunta muy sencilla, comisario Chaves. ¿Qué había entre mi mujer y Gueraes?

El de los bigotes sonrió socarronamente, mientras echaba la cabeza para atrás.

—Eran amantes. No le gusta, ¿verdad?

—Pruébemelo.

—¿Para qué va a atormentarse?

—¡Pruébemelo!

La sonrisa del otro no se borró de sus gruesos labios.

Fue a llevar las manos al cajón central de la mesa Y en aquel momento se oyó un sonido en la ventana abierta, justamente detrás de la cabeza de Moresby.

CAPÍTULO VI

Moresby se volvió instantáneamente, mientras con una mano desabrochaba su americana de un tirón y con la otra sacaba la pistola que llevaba sobre la camisa. Vio entonces que un pequeño mono atado a una cadena acababa de saltar por la ventana. Era inofensivo y rebrincaba alegremente de un lado a otro de la habitación, pero hacía ruido. Moresby comprendió que había cometido un error fatal y se volvió velozmente, girando sobre la punta de uno de sus zapatos, mientras el comisario Chaves sacaba un revólver del cajón central de su mesa.

Moresby tuvo la sensación de que, al poner los pies en Haití, había puesto los pies en un matadero. Había corrido ya demasiada sangre, pero era su vida o la de Chaves. Disparando con una rapidez que le había convertido en uno de los campeones del Servicio Secreto, envió dos balas a través del aire quieto del despacho. Las detonaciones resonaron como un trueno mientras Chaves salía despedido hacia atrás, con la frente atravesada. Sus manos seguían aferrando el cajón y tiraron de él, derribándolo completamente.

Moresby guardó la pistola y miró en torno suyo. Evidentemente un tipo como Chaves tendría cerca a alguien que le defendiese, y las detonaciones debían haber sido oídas a mucha distancia. No podía permanecer quieto allí, pues, ni un segundo más.

Sin embargo, algo de lo que había en el cajón atrajo la mirada de sus ojos. El comisario había querido engañarle, pero sólo a medias. La verdad era que en el cajón guardaba algo referente a Ellen. Era una foto que ahora descansaba en el suelo y empezaba a mancharse de sangre. En ella se veía a Ellen vestida de blanco junto a un hombre joven, quien vestía camisa militar y sonreía a la cámara. Ambos, aunque estaban uno junto al otro, se estrechaban la

cintura; y Ellen lo miraba a él. A él solamente.

Moresby no necesitó explicaciones para saber que aquel hombre joven tenía que ser Gueraes. El hecho de que el policía hubiera tenido la foto, lo demostraba.

La arrugó furiosamente entre los dedos, sin darse cuenta, hasta convertirla en una bolita de cartulina, y luego la arrojó sobre la sangre del muerto. Un segundo después saltaba por la ventana silenciosamente.

CAPÍTULO VII

Mientras tanto, las cuatro personas que estaban en el departamento de Durand, en el Hotel Cantón de Port au Prince, seguían mirando ansiosamente el pequeño resguardo que habían hallado en la maleta.

En parte ya conocemos a esos personajes, los dos hombres jóvenes y las dos mujeres guapas. Sabemos ya que una de las dos muchachas se llamaba Susan, y uno de los hombres Jounot. Sabemos también que el gigantesco Ringo había entrado en la habitación y parecía abatido y sin fuerzas después de la muerte de Durand, como un perro dogo que se ha quedado sin dueño.

La segunda muchacha se llamaba Angélica aunque de eso no tuviera absolutamente nada.

El segundo hombre se llamaba Prince.

Fue éste el que masculló:

—¿Os dais cuenta de lo que significa este resguardo? Simplemente, ese perro de Durand tenía el dinero guardado ahí.

Ringo alzó la cabeza pesadamente.

—¿Por qué le llama perro, señor Prince? ¿Por qué le insulta una vez muerto, cuando durante toda la vida le estuvo lamiendo la mano?

Prince se volvió ágilmente, dando media vuelta, y alzó la mano derecha. Esa mano cayó dos veces sobre la mejilla del negro, dejando en ella una marca roja. Cosa extraña, el negro Ringo, aunque era diez veces más fuerte que Prince, no se movió.

Prince le golpeó otra vez, haciendo que brotara una marca de sangre en sus labios.

—¿Por qué no te mueves, cochino Ringo? ¿Por qué no te defiendes?

Ringo bajó la cabeza. Sus enormes manos arañaban pesadamente la colcha de la cama sobre la que había tomado asiento.

—Yo te lo diré —masculló Prince—. Yo te diré por qué no te atreves a contestarme. Tú eres una inteligencia inferior, un escalón intermedio entre el hombre y la bestia, y lo único bueno que hay en ti es que sabes eso. Necesitas alguien que piense por ti, porque en esa cabezota no hay nada, excepto aire. Hasta este momento el que pensaba y te dirigía era Durand, pero ahora, muerto él, sabes que estás perdido. Por eso no te mueves. ¡Por eso no te atreves ni siquiera a alzar los ojos ante los que son superiores a ti!

Ringo, en efecto, no alzaba los ojos. Sólo susurró:

—No me parece bien que insulte al patrón, señor Prince. Hasta ahora usted hacía lo que él mandaba.

—Porque no me quedaba otro remedio. Si uno quería vivir bien y hacer un poco de fortuna en este cochino país, tenía que estar bajo la bota de un cerdo como Durand. Por eso tuvo que ayudarlo en sus manejos mediante una simple participación en el negocio. Por eso tuve que consentir que dispusiera de mujeres como Susan y Angélica cuando le venía en gana; se las llevaba durante un par de días y las devolvía pálidas y hechas cisco. —La ira hacía que Prince rechinara los dientes—. A mí me gusta Susan, lo sabe todo el mundo. ¡Y he tenido que esperar a que el patrón me la dejase! ¡Pero todo esto se ha terminado, maldita sea! ¡Todo esto se ha terminado de una vez!

Volvió la cabeza y miró a sus compañeros. En todos los rostros supo ver un mudo gesto de aprobación, un signo de que estaban con él en aquella nueva etapa que podía ser la mejor de sus vidas.

Prince continuó, ahora con voz más calmada:

—Los negocios de Durand todos los conocemos bien. Traía a Haití mujeres blancas y bonitas, con el cuento de un empleo fabulosamente pagado. Luego esas mujeres terminaban en las alcobas de altos personajes del país y cuando estaban muy vistas se las reexpedía a los burdeles de Sudamérica. Sólo Susan y Angélica se libraron de esa suerte..., ¡y a qué precio! Cada mujer dejaba un buen montón de dólares en las arcas de Durand. Luego convirtió Haití en su centro americano de distribución de drogas. Prácticamente aquí podía obrar con absoluta impunidad, y los

negocios resultaban más fructíferos cada vez. Pero ahora no hay motivo para que esos negocios no los continuemos nosotros.

Angélica asintió mudamente, pero a pesar de eso una arruga vertical se marcaba entre sus ojos.

—Hay algo que me preocupa —dijo.

—¿Qué es?

—A Durand ha tenido que liquidarlo un

gun-man

del Gobierno de los Estados Unidos. Uno de esos agentes especiales que te conminan a rendirte una sola vez, y si no alzas en seguida las manos te clavan una bala entre las cejas. Durand estaba reclamado en casi todas las ciudades de la costa norteamericana del Atlántico; por eso me parece muy probable que hayan enviado a alguien a buscarle aquí.

—No tenían que saber que Durand estaba en Haití; se había guardado el mayor secreto. Además, el modo de matarlo indica que el que lo ha hecho estaba muy al tanto de sus costumbres, y eso me parece difícilísimo tratándose de un agente yanqui.

—Puede haber tenido aquí alguien que le informara.

—¿Quién?

—¡No lo sé! ¡Maldita sea, no lo sé! —dijo Angélica agriamente, mientras se encogía de hombros—. ¡Lo único que pienso es que, si ese tipo existe y ha matado a Durand, nos matará a nosotros también en cuanto continuemos su negocio!

Prince susurró:

—Me parece que ves fantasmas, pero además ése es un riesgo que hay que correr. El negocio de Durand dejaba mucho dinero, y ahora que no está él para llevarse la parte del león, podemos hacernos millonarios en menos de dos años. Podemos hacer que el dinero nos reviente, nos ahogue, nos pudra. No vamos a tirar por la ventana una montaña de dólares sólo por el temor de que un agente yanqui esté sobre nuestra pista. Por lo pronto hay que sacar ese maletín de la oficina guardaobjetos y repartirnos su contenido. O mucho me equivoco o hay allí más de doscientos mil dólares.

Todos asintieron silenciosamente menos Ringo, quien parecía no haber entendido una palabra, como si todo aquello escapase a su capacidad de comprensión.

Lo único que su embotado cerebro captaba era que nadie se

había puesto a llorar por Durand. Que lo único que aquellos cuatro seres deseaban, en todo caso, era escupir sobre su tumba.

Después de un breve silencio, Susan fue la primera en hablar.

—¿Quién irá a buscar eso? —preguntó.

—Puedo ir yo mismo —dijo Prince—. Naturalmente uno de vosotros me acompañará para mayor seguridad.

—Partiendo de la base de que puede haber, efectivamente, un agente yanqui metido en todo esto, creo que una mujer llamaría menos la atención —opinó Jounot.

Prince se encogió de hombros.

—Por mí no hay inconveniente. Que vaya la misma Angélica; ella es la que menos ha sido vista por Port au Prince, me parece.

Angélica se puso en pie e irguió el busto, produciendo la sensación de que la blusa y el ceñido pantalón flexible iban a estallar.

—Está bien —dijo de mala gana—. A ver, dadme el boleto. ¿No hay baño en esta maldita habitación?

—No, no lo hay porque el comodón de Durand no iba a vivir aquí. Sólo la había contratado para reunirnos, y para hablar con unos perros cualquier habitación es buena —dijo mordazmente Prince—. Pero debe haber algún baño en el pasillo.

Angélica salió.

Había, en efecto, un baño varias puertas más allá, pero el calor en la cerrada cabina resultaba insoportable. La mujer se limitó a alisar su maquillaje, dio una vuelta ante el espejo para cerciorarse de que sus curvas se marcaban bien rotundas, sonrió con una especie de ciega admiración hacia sí misma y salió del departamento.

Pero al ir a entrar de nuevo en la habitación, se equivocó de puerta. No penetró en la habitación de Durand, sino en la de Ellen, en la de la mujer que iba a morir.

Sólo abrió la puerta durante unos cuantos segundos, pero fue bastante. Sus ojos se dilataron con una muda y repentina expresión de horror.

Estuvo a punto de lanzar un grito, pero consiguió dominarse.

En el último momento, cuando ya sentía que las rodillas le temblaban, cerró la puerta.

Cuando entró de nuevo en la habitación contigua y se apoyó desfallecida en la hoja de madera notó que los ojos de todos, incluso los de Ringo, se posaban extrañados en ella.

—¿Qué te ocurre?

—¿Por qué estás tan pálida?

—¿De dónde infiernos vienes?

Angélica sólo pudo decir:

—En esa habitación de al lado.

—¿Qué ocurre con esa habitación?

—¿Quién está en ella?

Las preguntas caían como disparos de ametralladora sobre la muchacha, pero, sin embargo, ésta se sentía aliviada porque las voces la volvían a la sensación de realidad, que por unos momentos había llegado a perder al ver lo que se hallaba en la habitación contigua.

—Hay ahí una mujer —dijo—, una mujer joven que parece gravemente herida.

—¡Qué raro! ¡Esto no es un hospital!

—Quizá ha sufrido un accidente y la han traído aquí por alguna causa que ignoro. Pero no es eso lo que me ha asustado. Oh, no, no es eso. Se trata de sus manos.

—¿Qué ocurre con ellas?

—Son horribles...

—¿Horribles en qué sentido? ¿Qué pasa?

Angélica cerró un momento los ojos.

—Están quemadas... Prácticamente no quedan más que los huesos, las uñas y la piel. Ella se las estaba mirando. No sé, pero dan una sensación agobiante. Yo me he asustado más que si hubiera visto una momia.

Prince se volvió hacia la ventana, como si, ahora que conocía la historia, ésta careciese de importancia. Al mismo tiempo se encogió de hombros.

—Bueno, no hay razón para que tengas miedo. Peor hubiera sido que tuviese quemada la cara, por ejemplo.

—De todos modos, sus manos.

—No estamos para perder el tiempo, muñeca —dijo Prince

acrememente, volviéndose—. De modo que busca ese paquete y tráelo aquí antes de veinte minutos. Si la oficina guardaobjetos está cerrada, hundes la puerta. Seguro que el dueño, o quien sea, vive allí. Pero bajo ningún concepto debemos dejar pasar esta noche sin tener el dinero en nuestro poder.

Angélica pareció más calmada.

—Como quieras...

—Yo voy al bar a echar un trago —gruñó Jounot—. Bueno, suponiendo que haya un bar en este maldito hotel. Ya llevamos demasiado tiempo aquí encerrados y no puedo aguantar más.

—Te acompaño —dijo Susan.

Sólo Prince y el negro Ringo quedaron en la habitación. Ninguno de los dos parecía haber oído ni siquiera las últimas palabras.

En el hotel había un bar, y Jounot supo encontrarlo en seguida, guiado por el olfato. Se acodó en la barra y pidió dos *whiskys* dobles, uno para Susan y otro para él.

Susan sólo bebió el primer trago.

—Esto es infame —dijo—. Únicamente hay un par de sitios en todo Port au Prince adonde se pueda ir a tomar un *scotch*. —Hizo una pausa—. Iré un momento a arreglarme al tocador. ¿Me esperas?

—Yo te espero hasta el fin del mundo, diablesa. ¿Has hecho caso de eso que ha dicho Prince acerca de que le gustas?

Susan sonrió, mientras hinchaba peligrosamente el busto.

—No mucho.

—Supongo que cuando tengamos el dinero podremos hacer lo que me prometiste...

Ella se acercó malignamente un momento y acarició con un dedo la barbilla de Jounot. Era un gesto que había visto hacer cien veces en cien películas distintas, pero lo mismo daba. Sabía que Jounot se estremecería de placer, y en efecto, Jounot se puso a babear como un niño.

—Quizá convenga que continuemos unos meses con los negocios de Durand —susurró—. Luego, cuando tengamos bastante dinero, haremos lo que tú dijiste Buscaremos al azar un sitio en el mapa, un sitio para nosotros dos.

Volvió la espalda, con un rotundo movimiento de caderas que hizo bailar los ojos del *barman*.

Jounot levantó hasta la altura de sus ojos el vaso de *whisky*.

—A la salud de ese maldito Durand Brindo porque allá abajo le den una caldera para él solo.

* * *

Mientras tanto, Angélica iba a salir del hotel. Taconeaba ágilmente por el largo pasillo, a punto ya de llegar a las escaleras que la conducirían a la planta baja.

Todas las puertas blancas estaban cerradas. No se veía a nadie. Sólo el

«run-run»

de los ventiladores gigantes del techo acompañaba su taconeo sobre el linóleo del suelo.

Y de pronto, una de aquellas puertas se abrió.

Se abrió de repente, sin ruido, sin que la muchacha pudiera hacer un solo gesto.

Las manos que parecían corroídas por el fuego fueron a su encuentro. Los dedos sarmentosos, largos, inhumanos atenazaron su garganta y al mismo tiempo oprimieron su boca. Susan, vencida por la sorpresa, fue a gritar, pero le sobrevino una espantosa náusea.

Las manos tiraron de ella hacia el interior de la habitación. Eran rudas, nudosas, fuertes...

La presión sobre el cuello de la muchacha se hizo más intensa y sus ojos se dilataron de un espantoso horror cuando la oscuridad la envolvió, cuando la puerta de la habitación se cerró tras ella.

CAPÍTULO VIII

Moresby fue a pie hacia el hotel, mientras trataba de despabilarse. Por una elemental precaución, eligió las calles más vacías, donde menos pudiera llamar la atención, y procuró no detenerse en los lugares iluminados.

Eso no era difícil en Port au Prince, donde la mayoría de las calles está formada por largas hileras de cabañas sin luz, y donde los escasos barrios residenciales suelen ser de una calma absoluta.

Se cruzó con varios negros y mulatos en su camino, pero no pareció llamar especialmente la atención de ninguno de ellos. Inopinadamente, y a pesar de haber dado un cierto rodeo, se encontró en el hotel.

Moresby lamentó que el camino no hubiera sido más largo. El paseo apenas había bastado para calmar un poco la tensión de sus nervios.

El estaba habituado a vivir situaciones como aquella, y estaba también habituado a matar. Muchos años de guerra fría y de persecución implacable del delito en los cinco continentes, le habían habituado a eso. Pero esta vez era distinto, y de aquí su nerviosismo. Esta vez no estaba solo, sino con una mujer imposibilitada a la que no podía abandonar. Una mujer con la que tenía que contar en cualquier circunstancia.

¿Cuánto tardarían los «tonton-macoute» en estar sobre su pista? ¿Cuánto tardarían en saber que era él quien había liquidado al comisario Chaves?

La muerte de éste no le había afectado, y la verdad es que en esos momentos no sentía la menor lástima de él. Casi con completa seguridad, Chaves era uno de los que habían apaleado a su mujer. Y Moresby opinaba que una buena bala era un castigo nada exagerado

para semejante hazaña.

Entró en el hotel.

Tenía que saber si Ellen era capaz de desplazarse en avión. O quizá en cualquier buque que saliera inmediatamente de Port au Prince. Tenía que saber si podía producirse el milagro.

La puerta de la habitación de su esposa seguía cerrada. Moresby la empujó suavemente y entró en ella sin llamar.

Vio que su esposa estaba con los ojos cerrados. Pero en contra de lo que era costumbre en ella, no llevaba los guantes puestos.

Sus dedos largos y descarnados resaltaban lúgubrementemente a la luz, y formaban un violento contraste con la hermosura casi soberana de aquel cuerpo. Un contraste que producía un impacto en la sensibilidad, que, aunque uno no quisiera, obligaba a cerrar los ojos.

Y, en efecto, Moresby los cerró un momento.

Ni un sonido turbaba la calma de la habitación, nada absolutamente, excepto un rumor que llegaba a través de la ventana abierta, el suave rumor de las palmeras al ser mecidas por el viento.

Moresby se acercó a su esposa y la examinó. Ella parecía estar peor, porque respiraba con más lentitud y más dificultosamente. Los guantes blancos yacían junto a ella, en la cabecera del lecho, como un objeto inútil.

De pronto, Ellen abrió los ojos.

Miró lentamente a su marido, como si ambos estuvieran en planetas distintos, como si se viesan a través de una infinita distancia.

—Has salido. —Susurró.

—Sí.

—¿Qué has ido a hacer?

—Necesitaba aclarar una cosa. Desgraciadamente los sucesos parecen haberse complicado mucho después de la muerte de Durand.

—¿Por qué?

Moresby dijo sin mirarla:

—He tenido que matar a dos hombres.

—¡Pat!

—Lo siento; no quería convertir esta isla en un matadero, pero las cosas se complican. Uno de los honorables difuntos ha sido el

comisario Chaves.

—Creo que lo conozco —de pronto pareció recordar—. Sí, sí, ya sé quién es. El estaba entre los cuatro que...

—¿Te puso la mano encima?

—El fue quien empezó.

Moresby apretó los labios.

—Bueno, yo te juro que ya no moverá las manos nunca más. El muy cerdo soltó tanta sangre que su despacho parecía el mostrador de una carnicería. Lo malo será que quizá tenga que disparar otras veces, si vienen pronto los «tonton-macoute», los policías de confianza de la gente que manda en Haití. Escúchame, Ellen...

La mujer alzó un poco los ojos, casi sin fuerzas ni para eso, mirándole directamente. Y ésa fue toda su manifestación de vida.

—Dime, Pat.

—¿No crees posible resistir un viaje en avión? ¿No podríamos llegar hasta el puerto para intentar subir a un barco que zarpase en seguida?

Ella cerro los ojos.

—Tú sabes que voy a morir...

—¡Pero no quiero que mueras aquí! ¡Quiero que al menos mueras en un sitio donde puedas sentirte en paz! ¡Dime si crees que, apoyada en mí, podrás llegar hasta un taxi que nos lleve al puerto!

—¿No sabes que un policía nos vigila, Pat?

—Ese policía ya está llamando a los pajaritos en el Valle de Josafat. Ha sido uno de los dos hombres a los que he tenido que eliminar esta noche.

—Entonces iré donde tú quieras, Pat, pero me siento cada vez peor.

—¿Cuánto crees que vas a vivir? —preguntó brutalmente Moresby.

Ella no se impresionó. Sus ojos no tuvieron ni un parpadeo.

—No sé. He pensado muchas veces en la muerte de los otros, pero jamás en la mía... Quizá pueda resistir cuatro o cinco horas. Cuando empiece el coma hepático, que será el principio del fin, lo notarás tú, no yo.

Moresby tenía los labios apretados e intentaba desesperadamente pensar con frialdad en aquello, como si no

conociese a Ellen, pero de pronto toda su fortaleza se desmoronó.

Sentía angustiosamente la palpitación de la noche, el susurro caliente del viento, el peso de las horas que su esposa todavía iba a vivir. Y se dio cuenta de pronto como si hiciera un descubrimiento, de que Ellen no estaba hablando de la muerte de otra mujer, sino de su propia muerte. Las fuerzas parecieron fallarle, y notó que sus dedos temblaban.

Era absurdo, pero toda su frialdad, toda su fuerza, hablan desaparecido después de aquellas palabras.

Encendió un cigarrillo con movimientos maquinales. No se dio cuenta de que el humo podía fatigar a Ellen.

—Es extraño, pero casi nunca hemos hablado de cuando nos conocimos —dijo con un soplo de voz—. Casi nunca hemos hablado de aquellas noches en Nueva Orleans, cuando tú y yo éramos tan pobres que nuestra única distracción posible consistía en ver las luces de los barcos que surcaban el río. Entonces estábamos llenos de ilusiones y hablábamos del día en que nos sería posible convertirnos en marido y mujer. Entonces cualquier cosa, hasta un simple beso, tenía una emoción desconocida y recóndita. —De pronto su voz se hizo más suave, más baja y más amarga—. Luego la vida nos empujó por los caminos más extraños del mundo. A mí me envió en busca de hombres que habían recibido la orden de matar o morir, hombres cuya única aspiración era dedicarme su última bala. Y tú Bueno, jamás imaginaré que tú pudieras llegar a morir así, en un sitio tan cochino y lejano como éste.

Aquella voz que él había querido mantener fría e impersonal, le traicionaba. Aquella voz hablaba, sin que él pudiera evitarlo, de los años de una juventud que estaba muy cercana aún, pero que a ellos ya les parecía perteneciente al más remoto pasado. Una juventud y un amor que ya no volverían a sentir.

Aquella voz que traicionaba a Moresby, que no parecía realmente la suya, volvió a decir:

—¿Por qué me traicionaste, Ellen? ¿Por qué ocurrió lo de ese hombre llamado Gueraes?

Ella volvió a cerrar los ojos.

El sonido del viento en las palmeras se había hecho vibrante, intenso, casi trágico.

Ninguno de los dos hablaba, pero el viento parecía insinuar mil

susurros en la habitación.

—Con Gueraes no ocurrió nada —dijo roncamente Ellen.

Ahora fue Moresby el que cerró los ojos. ¿Por qué le engañaba ella? ¿Por qué una mujer que iba a morir no se atrevía a decir la verdad?

¿Tanto le amaba ella aún? ¿Tanto, como para llevarse el secreto de su amor hasta el otro mundo?

Abrió lentamente los ojos, y otra vez las facciones de Moresby volvieron a mostrarse tensas.

—Necesito un trago —dijo con rudeza—. Y también quiero saber si han situado algún otro policía junto al hotel.

Dio media vuelta y salió.

Un pensamiento sacudió su cerebro en el momento de atravesar el umbral. ¿Por qué Ellen se había quitado los guantes?

Pero era una estupidez, una cosa que ahora no tenía ninguna importancia.

Siguió caminando.

* * *

El bar estaba algo más concurrido a aquella hora; lo frecuentaban unos cuantos tipos ni blancos ni negros que debían pertenecer a las clases elevadas de Haití y que remoloneaban con los codos sobre la barra, repartiendo su manos entre los altos vasos de *whisky* y las caderas de un par de mulatas que parecían haberse descolgado de un escenario de los felices años veinte.

Moresby pidió un *bourbon* doble y lo despachó de un trago.

Mientras tanto, sus ojos de águila escrutaban el local en busca de alguien que pudiera tener el más remoto parecido con un policía, pero no lo encontró. Sin duda los «tonton-macoute» creían que el tipo que ya estaba muerto en un vertedero de basuras seguía ejerciendo su vigilancia.

Moresby sentía el sudor impregnando su piel a pesar de los ventiladores y a pesar de la tela liviana del traje.

Sentía también el susurro del viento en las palmeras como si fuese una llamada.

De pronto tomó una decisión.

Llevaría a Ellen al puerto fuera como fuese. Tomaría un barco

que les llevara a los Estados Unidos aunque para ello hubiese de volver a matar.

Pagó el *bourbon* y regresó a la habitación de Ellen. Pero antes oyó algo extraño al pasar junto a una puerta cerrada del largo y silencioso corredor.

El zumbido de las moscas.

Centenares de moscas en la noche tropical, demasiado serena, demasiado quieta. Centenares de repugnantes bichos revoloteando alegremente en torno a ¿a qué?

Moresby iba a pasar de largo junto a la puerta, pero él había visto muchos cadáveres y aquel sonido de las moscas era algo que no podía soportar. Pensó que aquellos insectos, al fin y al cabo, también entrarían en la habitación de Ellen cuando ella muriese. El pensamiento se le hizo insoportable.

¿Pero por qué habían entrado allí precisamente y no a la habitación de su esposa, a pesar de que ésta tenía las luces encendidas también?

Moresby vio un resquicio de claridad por debajo de la puerta. Sin pensarlo más, entró.

Dentro estaba el cadáver de Angélica, casi bajo una bombilla, con la hinchada lengua entre los dientes y señales de haber sufrido un estrangulamiento lento y cruel.

Aquellas señales estaban sobre su piel y reproducían casi exactamente las manos de Ellen. Ésta se las debía haber manchado de tinta y estaban como impresas en el cuello de la víctima.

Moresby estuvo a punto de lanzar una exclamación pero sintió que se había quedado sin aire en los pulmones.

Las manos de Ellen.

CAPÍTULO IX

Prince había ya medio vaciado la botella de *whisky* traída directamente desde el bar del hotel. Allí no tenían ni siquiera hielo, y el gigantesco frigorífico «made in USA» no funcionaba. El *whisky* estaba caliente y no sabía bien, pero Prince lo bebía con una especie de éxtasis.

Cualquiera hubiera dicho que necesitaba emborracharse a toda costa.

—¿Dónde estará esa maldita muchacha? —Gruñó, mientras consultaba su reloj—. ¿Es que hace falta tanto tiempo para ir a buscar un maletín al centro de la ciudad?

Los ojos de Susan brillaron con una maligna expresión de recelo.

—¿No será Angélica más lista que todos nosotros? ¿Qué sabemos lo que contenía ese maletín?

—Seguro que contenía dinero —dijo Jounot— Para suponer eso no hace falta ser demasiado listo.

—¿Y si se ha largado con todo?

—No es posible —dijo Prince, mientras soltaba la botella de *whisky*—. Ella sabe que la perseguiríamos hasta el fin del mundo.

—Pero si una persona se oculta en según qué rincones de Haití, no hay quien la encuentre —expuso Su san—. Un pequeño pedazo de isla como éste y sin embargo está lleno de rincones que...

—Si, ya sé, de rincones donde apenas nadie ha puesto el pie —terminó nerviosamente Jounot—, pero ése no es el caso de Angélica. Ella no tiene más amigos que nosotros.

—53.

—De todos modos sería prudente ir a ver qué ha ocurrido —continuó Angélica—. Puede haber tenido un accidente, aunque no es fácil.

—Iré yo —decidió Jounot—, y os aseguro que no tardo en volver más de un cuarto de hora. Esto es absurdo.

Se puso en pie, mientras Prince le imitaba.

—¿Adónde vas tú?

—A ver si en el bar tienen algo que no esté tan caliente —gruñó Prince—. El estómago me arde...

Salieron los dos, dejando a Susan sola.

La verdad era que la muchacha no sentía ningún temor, no sentía ninguna angustia. Docenas de veces había estado sola en habitaciones desconocidas, esperando citas con hombres que luego la habían tratado brutalmente. Lo único que la inquietaba era lo que pudiese haber hecho Angélica con un maletín que sin duda contenía doscientos mil dólares al menos.

¿Y si se había largado?

Eso no parecía posible en principio, porque Angélica no tenía más amigos que ellos mismos. ¿Pero qué sabía ella de Angélica en realidad? ¿No podía ella haberse buscado alguien que la protegiese?

Encendió un cigarrillo.

Por un momento pensó en lo de las manos de la mujer que estaba en la habitación contigua, mientras paseaba nerviosamente de un lado a otro de la pieza. Pero en seguida aquel pensamiento se borró de su mente. Lo que importaba era conseguir el dinero. Conseguir pronto el dinero y salir cuanto antes de aquel maldito agujero en que se había convertido la isla...

Se asomó a la ventana y miró. La oscuridad lo envolvía todo, aunque la noche de Haití aún conservaba algo del calor, del movimiento y de la luminosidad del día. Un viento fresco que llegaba del mar hacía mecer las altas copas de las palmeras, pero un silencio extraño y pegajoso lo envolvía todo. Se dio cuenta de que las palmeras, al moverse, no levantaban el menor susurro.

Aplastó el cigarrillo en el cenicero, fue hasta la ventana, dio la espalda a la noche y miró la puerta.

¿Por qué no había oído el ruido del coche de Jounot? ¿Por qué tardaba tanto Prince?

No se dio cuenta, porque estaba de espaldas, de que unos ojos escrutaban la ventana a través de la noche.

No se dio cuenta de que unas manos de aspecto sarmentoso, largas, con apariencia de piel comida por los ácidos, se movían a su

espalda.

Aquellas manos avanzaron, casi rozaron su cuerpo.

Susan creyó oír un leve rumor, como el de una ramita al ser pisada, y entonces se volvió.

Quiso lanzar un grito de horror al ver las manos, pero ese grito no llegó ni siquiera a brotar de su garganta.

Las manos se cerraron sobre su cuello, la apresaron, la fueron estrechando sabia y cruelmente...

Con los ojos desencajados, Susan cayó de rodillas al suelo, sin exhalar un solo gemido.

CAPÍTULO X

Pat Moresby inhalaba casi angustiosamente el aire quieto de la noche. Su cuerpo estaba empapado de sudor. Había dado varias vueltas al recinto del hotel, caminando bajo las palmeras, pero no se daba cuenta. Había perdido por unos momentos la noción del tiempo, del espacio, de todo.

Al fin, poco a poco, entró de nuevo en el establecimiento.

El olor a *whisky* malo y a ron bueno que llegaba del bar pareció despabilarle. El

«run-run»

de los ventiladores gigantes penetró en su cráneo como un sonido casi familiar.

Bueno, había que funcionar.

Encajó las mandíbulas.

Adelante.

Su mujer seguía con los ojos cerrados. Diríase que no respiraba. Una quietud solemne, casi trágica, presidía la habitación.

Moresby se acercó a ella.

—Ellen...

Los ojos se abrieron. Una mirada que parecía llegar de muy lejos se posó en su rostro.

—No sabía que estuvieras aquí, Pat.

—Sí, ya me he dado cuenta. Tenías los ojos cerrados.

—A intervalos trato de dormir. Es así como consigo tener alguno de esos momentos en que no se siente nada...

—¿Cómo te encuentras?

—Noto una pesadez muy grande aquí... —se señaló el hígado—. Y me cuesta un poco respirar. Eso es todo.

—¿No tienes sed? —Intento soportarla. Luego sería peor.

Moresby se encogió de hombros imperceptiblemente. ¿Peor? ¿Y qué más daba? ¿No iba a morir igual? ¿No lo había dicho Turner?

Sintió como si una bola se le formase en la garganta, pero su voz sonó perfectamente natural cuando dijo:

—Un poco de agua quizá te alivie. Espera.

En el lavabo había un vaso para enjuagarse los dientes, y Moresby lo llenó de agua, acercándolo a su mujer, que pudo tender el brazo lentamente para recogerlo.

De pronto sus ojos se encontraron. Ella parpadeó.

—¿Por qué me miras así, Pat?

—No te miraba a ti exactamente. Miraba tus manos.

Un rubor casi violento se adueñó instantáneamente de las facciones de la mujer. Sus labios temblaron.

—Mis manos ya las has visto muchas veces, Pat. Sabes cómo ocurrió... sabes que me lo produje en el laboratorio, cuando trabajaba para ser algo en la vida. Porque no basta ser la esposa del hombre con quien una siempre soñó. Hay que ser digna de él, hay que luchar cada día.

Con voz apenas audible añadió:

—No es momento de que te burles ahora, Pat.

—Nunca me he burlado de tus manos —dijo él—. ¿Cómo iba a hacerlo? Incluso tú sabes perfectamente que habíamos hablado con un especialista en cirugía estética. No es imposible volverlas a su aspecto normal, siempre que se disponga de tiempo y algún dinero. En cuanto al tiempo, habíamos pensado que valía la pena hacer eso aunque tardara dos años, Ellen. El dinero... Bueno, yo he elegido siempre las misiones mejor pagadas y más peligrosas. Podíamos haberlo intentado, Ellen. Los cirujanos extraen tiras de piel de otras zonas del cuerpo menos visibles, y crean unas manos realmente nuevas. Yo soñaba en eso, muchacha.

Hacía mucho tiempo que no la llamaba «muchacha», como cuando ambos paseaban solos por los muelles de Nueva Orleans. Aquella sola palabra hizo que en el cuerpo de la mujer hubiese un estremecimiento.

Se llevó el vaso a los labios y bebió lentamente, sorbo a sorbo, no queriendo dejarse dominar por la ávida sed que sentía. Ellen siempre había sido una mujer elegante; seguía siéndolo hasta en eso.

Cuando le devolvió el vaso, las líneas rugosas de su piel estaban marcadas sobre el cristal, igual que si las hubiera impreso.

Más o menos como en el cuello de la chica muerta. O igual, exactamente igual. Moresby estaba seguro de que, si comparaba las marcas del cristal con las del cuello, coincidirían.

—¿Por qué me miras así, Pat?

—¿Cómo te miro?

—Mis manos...

Era cierto, él estaba mirando sus manos. Y sus ojos debían parecer dos globos de cristal frío, implacable. Moresby sabía que sus ojos eran a veces crueles sin darse cuenta, aunque él no quisiera.

—Me pregunto por qué no te pones los guantes —dijo.

—Me molestan.

—Comprendo. Hace calor.

—Los siento en mis dedos como corazas. No sé qué me pasa esta noche.

—También me pregunto otra cosa, Ellen.

—¿Qué?

—¿Por qué tus manos están manchadas de tinta?

Ella se miró los dedos con cierto asombro, como si los viese por primera vez.

—Es cierto.

—¿Por qué están así?

—No lo comprendo...

Su rostro seguía reflejando asombro. Y Moresby se preguntó con angustia hasta qué punto aquel asombro era sincero.

No, no lo era. Ellen estaba interpretando una comedia infame incluso pocas horas antes de morir. Estaba llevando la ficción, la mentira, el engaño hasta los mismos umbrales de la muerte. ¿Pero por qué? ¿Qué había ocurrido entre los dos? ¿En qué miserable ruina se había convertido la historia de sus vidas?

El no podía ver sus propios ojos, pero sentía que se le habían enturbiado. También sentía como si la cabeza fuera a estallarle.

Se puso en pie.

—No tiene sentido que mis manos estén manchadas de tinta —decía Ellen— Te juro que no lo comprendo, aunque. ¿Qué importancia tiene eso?

El se acercó a la puerta.

—¿Por qué te llevas el vaso?
Moresby no contestó. ¿Para qué?
Salió rápidamente.

* * *

Con la luz apagada ya no se oía el zumbido de las moscas, aunque Moresby sabía que estaban allí, pegadas a las paredes, acechando. Después de asegurarse de que no pasaba nadie por el largo corredor, abrió la puerta y entró, cerrando velozmente a su espalda.

El cadáver de la muchacha no olía. Más bien se desprendía de él el suave y sensual perfume con que se embelleció en vida. Sólo las moscas captaban el olor sutil que ya empezaba a ser de la muerte, recogían el negro mensaje que los sentidos aún no podían captar.

Moresby encendió la luz.

No había tocado nada, no había dicho nada después del descubrimiento de aquel cuerpo. Todo seguía igual, excepto la luz apagada. Lo había hecho así para que no se oyera el zumbido de las moscas.

Éstas seguían allí, pegadas a las paredes. Cuando la luz se encendió, revolotearon de nuevo ansiosamente.

Moresby se inclinó y comparó las marcas del cuello con las que aparecían impresas en el vaso.

Coincidían.

No fue una coincidencia casual, sino real, comprobada y exacta. El agente hizo aquel trabajo como si se lo hubiera ordenado uno de sus jefes. No dejó nada al azar.

Cuando se puso en pie, parecía haber envejecido diez años.

Dos profundas arrugas se habían formado en las comisuras de sus labios, y el entrecejo parecía cortado por una intensa hendidura.

Sus hombros se vencían hacia adelante. Parecía rendido, agotado, al borde de su resistencia moral. Y Moresby sabía bien que el cuerpo no puede resistir cuando el alma ya se ha hundido por completo.

Lentamente, puso la mano sobre el pomo.

Vio que se la había manchado. El pomo también estaba sucio de tinta.

Claro, era natural.

Ellen había necesitado entrar allí para depositar el cadáver.

¿Pero por qué? ¿Por qué? ¡En nombre de todos los infiernos!
¿Por qué?

Moresby sentía que el cerebro le estallaba.

Que le estallaba pesadamente.

* * *

Salió de nuevo al corredor, tras cerciorarse de que por allí no pasaba nadie. Casi todos los clientes del hotel debían estar en el bar o paseando en sus automóviles por las carreteras cercanas a las playas, bajo las palmeras, haciendo el amor a chicas de piel aceitunada o quizá renegando del destino.

Pero las habitaciones estaban vacías. Todo parecía sumido en una absoluta calma.

¿Vacías?

¿Lo estaban todas las habitaciones realmente?

A Moresby le sorprendió aquella puerta que oscilaba suavemente con la brisa, que producía un suave «clac, clac» a cada oscilación. La puerta que estaba junto a la habitación de su esposa.

Justo el lugar donde se habían reunido los cuatro satélites del granuja Durand.

Moresby pareció recordarlo de pronto. Estaba tan obsesionado con lo de Ellen que no había vuelto a pensar en que su misión no estaba terminada del todo. Tenía que apiolar aún a aquellos cuatro tipos, fuesen quienes fuesen y costara lo que costase.

Bruscamente, abrió, mientras ponía la derecha sobre la culata de la pistola con que había matado a Chaves. Si uno de los cuatro pájaros se ponía tonto, era capaz de enviarlo al infierno.

Pero allí no había cuatro pájaros, sino una pájara.

Muerta.

El agente sintió como un espasmo al ver las marcas en el cuello, marcas completamente exactas a las que él ya conocía. Desvió los ojos e hizo un terrible esfuerzo para no pensar en aquello.

Su mirada puramente profesional recorrió el cuerpo de la mujer, cuyos relieves tentadores seguían produciendo un extraño efecto incluso después de muerta. Uno pensaba que aquella mujer había

sido demasiado bonita para morir, sobre todo para morir de aquel modo. La habían estrangulado lentamente, y el rostro denotaba cuál debió ser su angustia al sentir que la vida se le escapaba.

Pero no podía ser. Ellen no podía haber hecho aquello también, ¡No podía!

De pronto Moresby sintió como un vértigo.

¿Por qué no?

¿No había estado él bebiendo en el bar del hotel, y luego dando vueltas como un alucinado por los alrededores? ¿No había tenido ella soledad y tiempo para hacer aquello?

Moresby tenía que reconocer que sí, pero aún no podía creerlo. No quería pensar en ello.

Llevaba todavía el vaso en la mano. Una sola ojeada le bastó para comprobar que las marcas también coincidían. Lo dejó caer a tierra, sin darse cuenta, y el vaso se hizo añicos.

En aquel momento entró alguien en la habitación. Alguien que empuñaba un revólver de cañón extralargo y le apuntaba con él cuidadosamente.

* * *

Moresby no había visto nunca a aquel tipo, pero su aspecto hablaba por él. Era de los que no engañaban.

Aspecto deportivo y adinerado, ojos duros, boca sensual y un poco burlona, pinta de no haber dado golpe jamás. Uno podía apostar la piel a que era uno de los satélites de Durand. Uno de los que le limpiaban las botas con la lengua cuando Durand estaba vivo.

El tipo vio a la muchacha caída y no pudo evitar un estremecimiento.

—¿Has sido tú, marrano?

—No.

El revólver se alzó suavemente.

—¿Quién eres?

—Me llamo Moresby.

—¿Yanqui?

—Sí.

—¿Qué haces en Port au Prince?

—Trabajos en general. Cosas delicadas.

El revólver se alzó un poco más.

—¿A qué has entrado en esta habitación?

—Estaba abierta. Me ha llamado la atención ver parte de las piernas de la chica.

—Es mentira.

—¿Por qué?

—Porque hay que entrar del todo para verla. Porque desde un lado de la puerta no se ve nada.

—Puede que sea así, pero no la he matado yo.

—Entonces he de creer que ha sido un angelito. Que Susan se ha portado mal y ha recibido su castigo. ¿Voy a creer eso, imbécil? Si hablaras claramente aún podría entregarte a la policía, pero así.

Fue a apretar el gatillo.

Por un momento que le pareció muy largo, pero que en realidad duró fracciones de segundo, Moresby pensó que ya estaba bien así, que de este modo él aparecería como culpable de los dos crímenes y nadie molestaría a Ellen. Pero, sin que él se lo propusiera, obró su instinto.

Se encontró volando por la pequeña habitación antes de que el otro disparara. El dedo no había llegado a cerrarse sobre el gatillo cuando ya los dos hombres rodaban por el suelo, produciendo un estrépito que debió quedar ahogado por la estridente melodía del «hi-fi» que ahora sonaba en el bar.

La presa que Moresby hizo en la muñeca de su enemigo era de las que no perdonan. La mano se abrió con desesperación, mientras el revólver caía a tierra. Moresby soltó entonces la presa para levantar el brazo derecho y dejarlo caer luego en terrible movimiento.

El canto de la mano golpeó en la garganta del caído, que tuvo un violento estertor. Inmediatamente quedó quieto, aunque Moresby sabía que no estaba muerto.

Permanecería inconsciente casi diez minutos, y cuando se recuperara aún estaría otro tiempo igual dando trompicones, hasta poder ponerse en pie del todo.

Por el momento, pues, no significaba ningún peligro.

Moresby lo registró. Vio que no llevaba más documentos que un

permiso de conducir extendido a nombre de Jounot. En sus bolsillos había también unos mil quinientos dólares y un resguardo acreditativo de haberse depositado un paquete en un guardaobjetos.

El resguardo estaba extendido a nombre de Durand.

Moresby lo guardó y miró en torno suyo velozmente, diciéndose que corría peligro porque cualquier nueva persona podía llegar allí de un momento a otro. La ventana estaba situada al nivel de un primer piso, pero debía resultar fácil encaramarse hasta ella.

¿Qué debía hacer? ¿Avisar a la policía?

¿Hacer que se dieran cuenta antes de hora de que el agente encargado de vigilarle ya no estaba en su puesto, sino pudriéndose en un vertedero de basuras? ¿Meterse en un lío todavía mayor?

No. Si ocultaba los cuerpos, podían tardar horas en ser descubiertos. Unas horas que él emplearía en llegar con Ellen al puerto, en tomar cualquier barco que zarpase a cualquier sitio, aunque fuese al infierno.

Ayudaba a escapar a una culpable, pero era su esposa, en cuya alma parecía haberse aposentado el diablo. La que tal vez le exterminaría a traición a él cuando se creyese a salvo...

Moresby colocó el cadáver de la muchacha debajo de la cama y luego salió de la habitación, para entrar en la contigua.

Vio que su esposa ya no estaba con los ojos cerrados.

Ahora le miraba.

Y se incorporaba lentamente.

CAPÍTULO XI

Moresby se detuvo en la puerta. Miró intensamente a la mujer, que se ponía en pie poco a poco.

Era imposible adivinar si Ellen hacía un esfuerzo terrible para aquello o si no le costaba absolutamente nada. Era imposible adivinar también si había sufrimiento en sus ojos. Nunca Moresby se había encontrado ante una encrucijada semejante.

Maquinalmente casi sin pensarlo, fue hacia el teléfono.

Ella susurró:

—¿Qué vas a hacer?

—Tengo que aclarar una duda.

—Yo quería, ayudarte a que saliéramos de aquí. No pienso ser un estorbo.

—No lo eres.

Moresby, que iba a marcar un número, pareció pensarlo mejor y colgó el auricular reflexivamente. Acababa de darse cuenta de que iba a preguntar algo que ella no podía oír.

Quería preguntar a Turner por qué había dado aquel diagnóstico falso.

Salió sin pronunciar una sola palabra.

Junto al bar había una cabina con otro teléfono. Algunas parejas se hacían arrumacos encima de los altos taburetes «made in USA». Una mujer blanca que no se sabía bien de dónde había salido, cabalgaba una pierna sobre la barra, mientras el barman la miraba alucinado, sin darse cuenta de que estaba vertiendo el ron en el fregadero.

Todo el ambiente estaba inundado de una sensualidad cálida, enervante, un poco podrida, un poco pasada de moda, un poco enloquecedora para los tipos como Moresby.

Pensó que la mujer blanca tenía unas piernas como para ponerse a pegar aullidos.

¿Y qué?

Al cuerno.

Dentro de la cabina hacía más calor aún, un calor pegajoso e insoportable que parecía adherirse a los huesos.

En la Embajada le dijeron que no estaba el doctor Turner.

—Ha salido hacia el hotel Cantón.

—¿Cómo? Yo estoy llamando precisamente desde ahí.

—Pues entonces llegará de un momento a otro. ¿Es urgente?

—Más que una carta para el presidente de los Estados Unidos.

—En ese caso salga a recibirle a la puerta del hotel si quiere. Llegará de un momento a otro.

—Gracias.

Moresby colgó.

Sentía los músculos tan tensos que le hacían daño. Le parecía ser un atleta trabajando en las espalderas.

La chica-blanca-piernas-bonitas le llamó.

—Eh, tú, gorila.

Moresby fue paso a paso.

—¿Qué quieres, pajarito?

—¿Por qué no bebes una copa conmigo? Pago yo.

—Si me invitas, no tengo inconveniente. Los tiempos están cambiando, nena.

Ella bebía el *whisky* a chorro; daba la sensación de que iban a tener que servírselo con manguera. Moresby se sentó en el taburete contiguo, dando un codazo a un mulato que se alejó al instante, y contempló largamente a la muchacha mientras los músculos de su garganta —tacatlac, tacatlac— subían y bajaban al trasegar el dorado líquido.

Luego su mirada fue más abajo.

¿El infierno? ¿El paraíso? ¿Quién es capaz de adivinar lo que una pájara va a darle?

Ella runruneaba:

—... Y mi marido de turno se ha largado a Jamaica a pasar una temporada con una secretaria tísica que pesa la mitad que yo. ¿Crees que hay derecho? ¿Qué podríamos hacer para vengarnos los dos?

Moresby pagó el *whisky*.

—Le capturaremos y le pondremos un anillo en las narices, nena.

Salió.

Fuera hacía una brisa algo más fresca, sobre todo en las capas altas, y las hojas de las palmeras empezaban a tenderse hacia el cielo negro. Moresby pensó en la posibilidad de un tornado. Si los servicios meteorológicos lo anunciaban, quizá no despegaría ningún avión ni zarparía ningún buque de carga, puesto que éstos no solían tener fechas muy fijas. Podía quedar acorralado en la isla como un prisionero.

Moresby se encogió de hombros.

Lo sentía por Ellen; lo sentía porque tarde o temprano aquel infierno tenía que salir a flote. Serían descubiertos los cadáveres y...

Atravesó la calle, que en cierto modo parecía la de una tranquila ciudad americana, en el momento en que un automóvil con los faros encendidos se acercaba al hotel. Pensó que era Turner, pero el automóvil no se detuvo. Moresby atravesó la calle.

Más allá estaban los tranquilos senderos entre las palmeras y un ramal de la carretera que llegaba hasta el mar. Se empezaba a oír un sordo mugido en la playa, formado por la arribada de olas cada vez más altas. Las sospechas de Moresby acerca de un tornado se acentuaron fuertemente.

¿Pero por qué no venía Turner? ¿Qué diablos esperaba?

A Moresby le costó varios intentos encender un cigarrillo, a causa del viento cada vez más fuerte. Al tenerlo encendido entre los labios fumó con avidez. Volvía a sentir los nervios como puntas de agujas moviéndose en su cuerpo.

De pronto oyó un gemido.

Un gemido ronco, breve, que llegaba desde uno de los senderos entre las palmeras.

Moresby fue hacia allí, aun pensando que quizá aquello no le importaba. Su derecha extrajo la pistola.

Casi chocó con el cuerpo de aquel hombre cuando pareció desprenderse de uno de los troncos. El hombre había caído pesadamente, como un árbol abatido y su rostro pareció empotrarse en el polvo del sendero. Moresby, a pesar de que sólo se guiaba por la claridad de las estrellas, necesitó menos de dos segundos para

darse cuenta de que aquel hombre era Turner.

Y estaba muerto.

El cuchillo de pesado mango sobresalía entre sus omoplatos y parecía vibrar aún. El grito oído poco antes, y el hecho de que aún no hubiera brotado la sangre, indicaban que Turner acababa de morir. O quizá le quedaba aún algún levísimo hálito de vida.

Moresby se arrodilló junto a él, levantándole la cabeza, pero le bastó ver sus ojos para darse cuenta de que ya todo era inútil. La hoja de acero debía haber atravesado el corazón.

Fue en aquel momento cuando escuchó una violenta respiración a su espalda.

No tenía tiempo para hacer preguntas. Moresby giró con la velocidad de una peonza, y como no tenía tiempo de ponerse en pie se dejó caer de espaldas junto al cadáver de Turner.

Alzó las piernas.

El tipo que venía lanzado hacia él, con un puñal en alto, encontró la inesperada barrera de los zapatos clavándose en su bajo vientre. Lanzó un gemido de dolor y salió proyectado hacia atrás cuando Moresby, tras flexionar las rodillas, las lanzó de nuevo hacia el frente.

Pudo ver bien a su enemigo mientras éste chocaba contra un tronco de palmera.

Era un mulato vestido irreprochablemente con un fresco traje de hilo. No llevaba gafas negras porque, sin duda, le hubieran estorbado en la oscuridad, pero probablemente las usaba durante el día. El puñal era muy parecido al que Turner lucía clavado entre las costillas.

Moresby se puso antes en pie.

Sujetó la pistola por el cañón y, cuando su enemigo le atacaba, hizo una finta. El mulato pasó por su lado como una exhalación, llevando por delante su cuchillo, a manera de parachoques. Bruscamente se detuvo y quiso volverse rápidamente, pero fue para encontrarse con la culata de la pistola rebrillando ya sobre su cabeza. Lanzó un grito gutural y recibió el impacto en plena frente.

Su cuchillo trazó un zigzag en el aire, pero ya completamente a ciegas. Un nuevo culatazo le hizo doblar las rodillas, y cuando ya caía hacia adelante, Moresby le alcanzó con un tercer impacto, esta vez en la nuca.

El mulato cayó de bruces, con el rostro empotrado en el polvo, y ya no se movió más.

Moresby contuvo la respiración.

Diablos, ¿por qué pegaba tan fuerte? ¿Qué es lo que le ocurría esta condenada noche?

Levantó la cabeza del mulato, al igual que había hecho con la de Turner, y vio que aún vivía.

Por poco tiempo.

Pero aún intentó sacarle alguna información.

—¿Por qué le habéis matado? —preguntó con voz tensa—. ¿Qué os había hecho él? *¿Por qué?*

El mulato susurró:

—Acércate más. Te lo diré al oído.

Moresby se acercó, y cuando tenía el oído pegado a la boca del moribundo éste gritó:

—¡Así revientes!

Y quedó tieso. El que había reventado era él. Pero Moresby sentía como si fuera a desvanecerse, como si el mundo entero diese vueltas en torno a su cabeza, en una danza macabra.

* * *

Arrastró los dos cadáveres, uno tras otro, hasta situarlos entre unos arbustos. Las sendas se volvían más arenosas cada vez al acercarse a la playa, y los cuerpos dejaban una profunda huella al ser arrastrados, pero a Moresby no le importaba eso. Aunque al día siguiente los descubriesen, era igual. A la mañana siguiente él ya tenía que estar muerto o a salvo. Todo su destino se jugaba en dos, tres horas a lo sumo.

Al ocultar el cadáver de Turner lo miró bien. Miró sobre todo su rostro, que reflejaba dolor y miedo, pero no sorpresa. Parecía como si Turner sospechara que iban a matarle. Como si lo presintiera.

¿Por qué?

¿Qué podía saber Turner capaz de costarle la vida? ¿Qué era lo que habían querido evitar que le dijese?

Moresby renunció a pensar.

Todo lo que tenía que hacer era largarse cuanto antes de allí en compañía de Ellen. Sacarla de aquella habitación infernal aunque

ella fuese culpable. Evadirse de la pesadilla que le rodeaba.

Sin embargo, cuando regresó al hotel, sus facciones estaban impasibles. Incluso había recuperado el cigarrillo y lo continuaba fumando con la mayor calma.

La chica-blanca-piernas-bonitas continuaba en la barra del bar.

—Pones cara de perro —dijo cuando pasaba Moresby.

Éste hizo:

—Guau, guau.

Y siguió adelante, hacia las escaleras que le llevarían a la habitación de su esposa.

Cuando abrió la puerta, no pudo evitar que un grito brotara de su garganta.

CAPÍTULO XII

El hombre era gigantesco. Debía pesar los ciento diez quilos, pero pese a ello se le adivinaba duro y elástico como un mimbre. Tenía la cintura delgada, el pecho muy amplio y los brazos realmente descomunales. Eran unos brazos que hubiese envidiado cualquier campeón de levantamiento de peso.

Sin embargo, sus movimientos eran dignos de un peso pluma. Tenía una agilidad y una gracia felinas que parecían increíbles en un hombre de su volumen. Sobre todo cuando sacó la pistola de su funda axilar con una velocidad meteórica y clavó las ocho balas en el corazón del muñeco de madera que estaba a más de treinta pasos.

El hombre vestido de blanco que permanecía apoyado en una de las paredes del sótano dijo suavemente:

—Estás en forma.

—Siempre lo he estado, señor Peyre.

—¿No te ha cansado el viaje por mar?

—¿Por qué iba a cansarme?

—Vienes desde Jamaica en una lancha rápida y por un mar movido e infestado de tiburones. Eso no le hace gracia a nadie. Vienes, además, de matar a dos hombres. Pero tú pareces muy tranquilo; da la sensación de que acabas de levantarte de la cama y tomar una ducha.

El gigante recargó la pistola y volvió a guardarla.

—Mataré a ese tipo sin que se dé cuenta, señor Peyre.

—Debes tener cuidado.

—¿Por qué?

—Chaves ha muerto.

El gigante hizo un gesto brusco, encajando las mandíbulas, pero ésa fue toda su reacción.

—¿Lo ha matado él?

—Creemos que sí.

—En tal caso acabaré en seguida. ¿Dónde está?

—En el hotel Cantón. Uno de nuestros agentes lo vigila, y su línea telefónica está intervenida. Puedes obrar con las máximas garantías. Pero liquídalo en seguida sin perder un minuto.

El gigante gruñó:

—Seguro.

Y salió del sótano moviéndose ágilmente.

CAPÍTULO XIII

Ellen se encontraba en pie ante él, erguida, casi desafiante, como si en su hermoso cuerpo no hubiera sufrido jamás la menor herida.

El grito de asombro que Moresby estaba a punto de lanzar quedó ahogado en su garganta.

Hizo un esfuerzo terrible por volver a ser el hombre impassible, frío, que había sido siempre.

Lo consiguió en parte.

—¿Qué haces aquí, Ellen?

La mujer se dejó caer sentada en el lecho, como si estuviera desfallecida, pero Moresby no la creyó.

Ella rió había recibido más que unos golpes superficiales. No tenía ninguna lesión importante en el hígado, no tenía nada que pudiera causarle la muerte. Sólo unas cuantas moraduras distribuidas estratégicamente, para causar la sensación de que había sufrido una brutal paliza.

Sí, sólo eso.

Ahora que la veía ante él, ahora que se daba cuenta de que era capaz de levantarse y andar por sí sola, Moresby ya no tenía la menor duda de que ella había asesinado a aquellas dos muchachas. Por si las marcas en los cuellos no bastaran, allí estaba la otra evidencia.

¿Pero por qué había hecho Ellen aquello?

Moresby comprendió que esa pregunta no podría contestársela nunca, e hizo un esfuerzo desesperado para pensar en otra cosa.

La voz de su mujer, que parecía llegarle desde muy lejos, era como la voz de una desconocida.

—Creo que me siento mejor, Pat... Haré lo posible para que salgamos de aquí en seguida.

—A veces uno se siente mejor inmediatamente antes de morir —expuso él, estudiando las reacciones del rostro de su esposa.

—Pu puede que sea eso.

—¿Crees de veras que eres capaz de salir a la calle?

—Lo intentaría...

—En ese caso voy a telefonear —dijo Moresby—. Necesito saber si sale algún barco.

—¿Por qué no vas personalmente? ¿No está intervenido el teléfono?

Moresby miró directamente al fondo de los ojos de su esposa, espiando la menor reacción de éstos, pero la mirada femenina siguió inalterable como la de una esfinge.

—¿Es que prefieres quedarte sola?

—¿Por qué no?

—¿No te da miedo?

—¿Qué miedo iba a darme, Pat?

La mirada triste del hombre vagó por la habitación.

«Claro —pensó—, a ti no puede darte miedo nada. Eres tú la que lo das... Eres tú... Sería terrible saber lo que sintieron esas dos muchachas al caer estranguladas por tus manos...».

La mujer pareció adivinar sus pensamientos. Hubo como una palpitación en sus ojos.

—No sé qué ideas dominan tu cerebro, Pat, pero sean las que sean Piensa que yo te quiero. Piensa que haría cualquier cosa, de la más alta a la más baja, por ti. Yo te quiero, Pat...

«¡Cochina y maldita hipócrita! —Estuvo a punto de gritar—. ¡Cochina mujerzuela cuya virtud consiste en tener buenas piernas!».

Pero se calló. Siguió apretando los labios y haciendo un terrible esfuerzo para alejar de sí aquellos pensamientos.

Ella se había puesto los guantes, y sus manos aparecían casi normales, suavemente dibujadas bajo la luz.

«¿Por qué tendrá que quitarse los guantes para matar? —pensó Pat—. ¿Cómo no se ha dado cuenta aún de que es más cómodo hacerlo con los guantes puestos?».

La mujer se había tendido en el lecho. Tenía su boca bajo la del hombre, sus ojos bajo sus ojos. Podía ser suya como lo había sido otras veces, como ellos soñaron que ocurriría cuando vagaban por las calles de Nueva Orleans.

Moresby tuvo que cerrar los ojos.

«¿Es posible que mi destino se haya convertido en esto? ¿Hasta cuándo continuará esta comedia infame? ¿Pueden mil promesas de amor convertirse en este estercolero?».

—¿Qué te sucede?

Moresby abrió los ojos. Los labios de su esposa temblaban bajo los suyos. Parecían pedir en silencio, hablarle de algo que no necesitaba palabras y nunca las necesitó.

¿Pero por qué no podía ser cierto lo que ella decía? ¿Por qué no podía estar ella a punto de morir? ¿Por qué no podía ser inocente de la muerte de las dos muchachas?

Moresby comprendió que necesitaba creerlo.

Necesitaba creer que su esposa era inocente para seguir teniendo fe en la vida.

—Saldré hacia el puerto —susurró—. Está cerca de aquí y no habrá en él muchos barcos, de modo que podré enterarme de si sale alguno esta misma noche. Dentro de cuarenta y cinco minutos puedo estar de regreso aquí. Tú no salgas por ningún motivo; permanece en la cama y sigue como hasta ahora.

—Sí, Pat.

Cuando Moresby iba a levantar la cabeza se sintió apresado por los labios de la mujer. Eran unos labios ávidos, sabios, lentos, que sabían besar apasionadamente y al mismo tiempo tenían la pureza de los primeros años de la adolescencia. Moresby pensó por un momento que todo volvía a ser como en Nueva Orleans, como en aquellos años que ya no se repetirán nunca.

Pero era una ilusión. Debajo de aquellos labios estaba la muerte.

¿O no lo estaba? ¿O quizá era que él no había llegado a conocer aún a su esposa?

Cuando Moresby se puso en pie, sentía vértigo.

Abandonó la habitación y se dijo que debía haber sufrido un error. Ellen no sólo no era una asesina, sino que tampoco debía haber tenido ninguna clase de amistad con Gueraes. Quizá el propio Gueraes no existía.

Y fue entonces cuando lo vio.

Gueraes estaba allí, junto a la entrada, casi fundido en las sombras de la noche, y parecía acecharle. Al darse cuenta de que había sido observado, desapareció como si hubiera terminado de

fundirse en las tinieblas.

Moresby lanzó una maldición y corrió hacia la entrada Pero Gueraes había desaparecido, se había esfumado por completo. Vio en las escaleras del hotel a la chica-blanca-piernas-bonitas que se ajustaba aburridamente unos zapatos de alto tacón.

—Hola, gorila —dijo ella—. ¿No sientes la llamada de la selva?

Moresby sí que la sentía, pero de otro modo.

Dio media vuelta y entró nuevamente en el hotel, con los puños apretados y una siniestra expresión en los ojos.

* * *

Cuando iba a entrar en la habitación de Ellen, oyó bruscamente un leve ruido en la pieza contigua.

Era la habitación pegada a la de Ellen, aquélla en que se habían reunido los satélites de Durand y donde yacían el cuerpo de la joven y el del tipo al que él había tenido que machacar la cabeza.

Pero ahora, al parecer, había alguien más allí.

Alguien que acababa de lanzar un gruñido.

Moresby apretó los labios, anduvo unos pasos y entró bruscamente en aquella habitación.

Un cuadro completamente nuevo se presentó de repente ante sus ojos.

Ahora no sólo estaba allí la chica muerta, sino que el tipo a quien él machacó estaba muerto también.

Pero no lo había liquidado él, sino un nuevo personaje.

Un tipo alto, relativamente atlético, con aspecto de vivir como un pachá, vestido con ropa fresca y luciendo un hermoso puñal en la mano derecha. Uno de esos puñales que aparecían en las películas de chinos de hace veinticinco años.

Sólo que ahora no era una película; era la pura y maldita realidad. El tipo aquel y Moresby se quedaron mirándose como dos alucinados.

Pero aquello duró sólo unos segundos.

Dándose cuenta de que Moresby era un testigo demasiado peligroso, el joven saltó hacia él blandiendo el puñal. Se movía silenciosa y rápidamente, como un gato. Brincó por encima del cadáver de Jounot, al que acababa de degollar mientras aún estaba

inconsciente, y dibujó con su cuchillo un alucinante movimiento de zigzag.

Aquellos procedimientos no eran nuevos para Moresby. Cuando el cuchillo se iba a clavar en su vientre, él tendió ambas manos y sujetó férreamente la muñeca derecha de su enemigo. Sin inmutarse, como el que hace un trabajo aburrido y rutinario, movió las manos en un suave

tlactlac

y partió el antebrazo del adversario.

Éste ni siquiera chilló. El dolor fue tan lacerante que perdió el sentido tras un par de trágicas boqueadas. Moresby lo dejó caer al suelo como el que suelta un fardo.

Luego sus ojos fríos e impersonales dieron una vuelta por la habitación. El espectáculo hubiera impresionado a cualquiera, pero a él no le produjo más que un leve escalofrío que quizá fue de placer.

El hombre a quien él ablandó a culatazos, y que acababa de ser degollado, sangraba abundantemente. Sus bolsillos estaban vueltos al revés y todas sus ropas parecían haber sufrido un brutal y rápido registro. Los pensamientos de Moresby, que eran fríos y exactos cuando se trataba de un asunto profesional, se movieron como las columnas de cifras en una máquina calculadora.

Comprendía bien varias cosas. Primera, que aquellos hombres y mujeres eran los cómplices de Durand, los que tenían que reunirse precisamente en aquella habitación.

Segunda, que lo que aquel último tipo buscaba era el resguardo del paquete depositado por Durand en un guardaobjetos.

Tercera, que quizá aquel tipo era el que había liquidado también a las dos muchachas, para quedarse él solo con el dinero que sin duda había en el paquete de Durand.

Pero entonces.

Vio que el tipo recobraba el conocimiento. Las manos de Moresby le sujetaron por la mandíbula y la nuca, haciéndole una hábil presa de cuello que podía convertirle en un cadáver en menos de dos segundos.

Apretó un poco, y vio cómo se congestionaban las facciones de su víctima.

Por lo visto, el dolor le aturdí, le dominaba. Pero aún

necesitaba madurarlo un poco más.

—Tu nombre —exigió.

—Prince.

—¿Trabajabas con Durand?

—Sss... Sí.

—¿Has liquidado tú a las dos muchachas?

El otro no contestó. Intentó zafarse de la presa, y Moresby la hizo más salvaje aún, hasta que crujieron las vértebras de su enemigo.

—No soy un policía, y por eso mismo te juro que voy a dejarte seco aquí mismo —gruñó—. ¿Has liquidado tú a esas chicas?

—Ssss sí.

La voz de Prince era apenas un soplo de dolor. No podía más.

—¿Por qué?

—Así éramos menos a repartirnos el dinero de Durand.

Por los dedos de Moresby pareció deslizarse un escalofrío.

—¿Cómo las mataste?

—Las... las estrangulé.

—¿Y las marcas? ¿Cómo dejabas las marcas?

El escalofrío en los dedos de Moresby se hacía más intenso, más intenso... Llegaba hasta su nuca y hasta los últimos rincones de su cuerpo.

—¿Cómo dejaste las marcas? —insistió, haciendo más brutal su presa.

—Hay una mujer al lado que ha debido tomar pastillas para parecer más abatida, o quizá está enferma de verdad. El caso es que a ratos se puede entrar en su habitación sin que lo note... Una de las mismas chicas me dio la idea al ver sus manos. Ella se pone guantes.

—¿Y qué? ¿Y qué?

Las palabras de Moresby eran un susurro tenso, un silbido.

—En un momento en que estaba dormida ensucí sus manos con tinta de imprenta. Sólo una pequeña cantidad era bastante para lo que yo me proponía... Luego le volví a poner los guantes y a quitárselos.

—¿Era posible que ella no se diese cuenta?

—No, no lo notó. Se movía, pero debía creer que estaba sufriendo una pesadilla. Sus guantes me *los puse al revés*, es decir les

di la vuelta para que la parte interior quedase fuera y sobre los cuellos de las chicas se reprodujeron casi exactamente las manos. Ju... juro que fue así...

Moresby estuvo a punto de tensar un poco más su presa, de romper aquel cuello que se le ofrecía tan fácil, pero su alegría era más fuerte que sus deseos de matar. Soltó a su enemigo, que cayó con un ronco estertor, y dio media vuelta para salir de la habitación.

Pero en la puerta se recortaba la figura de un negro. Era un negro gigantesco a quien Moresby recordaba haber visto en los Estados Unidos, en algunos combates de *catch*. ¿Cómo se hacía llamar? ¡Ah, sí! ¡Se hacía llamar Ringo!

Ringo tenía sus enormes manos convertidas en garras y la boca torcida en una horrible mueca, pero no le miraba a él. Sus ojos inyectados en sangre miraban a Prince.

—Lo he oído todo —musitó—. He oído que fue él quien mató a las chicas. Déjeme, gusano yanqui Deje que lo arregle yo mismo.

Moresby, a pesar de oírse llamar «gusano yanqui», no se inmutó. Tenía cosas más importantes en qué pensar.

Salíó de la habitación y se dijo que ya no podía hacer nada por el asesino Prince.

Salvo rezar por su alma.

* * *

Moresby puso la mano sobre el pomo de la puerta.

De pronto algo le detuvo. Un pensamiento negro pareció entrar en su cráneo poco a poco, como una serpiente que se desliza por un tragaluz.

Su esposa no había cometido ningún crimen; su esposa era inocente, pero en cambio había dos cosas que aún estaban por aclarar, y que quizá no se aclararían nunca.

Sus relaciones con Guraes, que estaba allí, en el hotel. Y la gravedad de sus heridas, que aún no sabía si eran ciertas o constituían una comedia inmundia.

Empujó la puerta.

Su esposa estaba sobre el lecho, quieta. Se había vestido como para salir a la calle, pero tenía los ojos cerrados y parecía

encontrarse al borde de sus fuerzas.

Moresby examinó la pequeña botellita de pastillas que estaba al alcance de su mano, y en la que antes no había puesto atención, aborto por otras preocupaciones. Las pastillas eran barbitúricos. Sin duda ella los había tomado para mejor acentuar su aspecto de postración y debilidad. A ratos debía sentirse algo más animada y a ratos tendría sin duda la sensación de hundirse en una sima.

Como ahora.

¿Pero por qué aquello? ¿Qué interés tenía Ellen en engañarle de aquel modo precisamente a él?

No importaba. Infiernos, no importaba.

Ahora sabía lo esencial, y era que Ellen no había asesinado a nadie. Sabía lo más importante, y era que podía salvarla sin ningún remordimiento de conciencia. Por tanto puso su mano bajo la nuca de la mujer y le levantó la cabeza poco a poco, con una infinita suavidad.

—Vamos, Ellen.

Ella abrió un poco los ojos. Muy poco.

Por el fondo de sus pupilas parecía pasar una llamarada roja.

—Ya no podemos marchar, Pat.

—¿Por qué? ¿Por qué no?

Los labios de la mujer se abrieron apenas para decir:

—Porque ya es demasiado tarde. Porque ya ha llegado para nosotros el momento decisivo.

En aquel momento, alguien abrió la puerta.

CAPÍTULO XIV

Era alguien a quien Moresby no había visto nunca.

Un tipo alto, hercúleo, de al menos ciento diez quilos de peso y, sin embargo, ágil como un ciervo, flexible como una caña.

Llevaba desabrochada la americana, dejando ver una funda axilar donde descansaba una pistola de calibre pesado. Su mano derecha estaba muy cerca de esa funda.

El primer pensamiento de Moresby fue que aquel tipo era un «tonton-macoute».

Habían descubierto por fin que el que pusieron para vigilarle ya estaba muerto, y enviaban a alguien para que le ajustase las cuentas.

Eso era lo lógico, lo razonable. El cuerpo del policía debía haber sido descubierto al fin en el vertedero de basuras. No iban a estar sin descubrirlo toda la vida.

Pero aquel tipo no llevaba gafas negras, y por otra parte Ellen acababa de decir «que ya era demasiado tarde». ¿Qué sabía ella? ¿Acaso esperaba la llegada de aquel tipo?

Parecía que sí. *Parecía como si ella supiese todo lo que tenía que suceder.*

Aquellos pensamientos duraron apenas unos segundos, pero a Moresby le pareció que había transcurrido un tiempo increíblemente largo hasta que el desconocido cerró lentamente la puerta a su espalda.

La pistola ya brillaba en su mano derecha. Su mirada era a un tiempo divertida, cruel y cínica. Era la mirada de un hombre que está seguro de sí mismo, que sabe que está contemplando ya el cadáver de su enemigo.

Preguntó suavemente, en correcto francés:

—¿Dónde quieres la bala, Moresby?

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Uno sabe muchas cosas...

—¿Es que habéis descubierto ya el cadáver del otro policía?
¿Por eso te han enviado a matarme?

Hubo una leve expresión de incredulidad en los ojos del desconocido. Por lo visto aquella noticia era nueva para él. Y a partir de ese momento sí que Moresby no supo qué pensar.

¿Por qué venía aquel tipo, si no lo había enviado la misma policía? ¿Quién infiernos era?

Fue Ellen, medio incorporada en el lecho, la que pareció adivinar sus pensamientos.

Fue ella la que susurró:

—Ese hombre se llama Nathan. Es una especie de asesino a sueldo de determinado grupo de policías. No hace falta que le preguntes a qué ha venido. Ha venido a matar.

Hablaba con tranquilidad, con una calma absoluta, como si ya diera por muerto a su esposo y eso le importara menos que una hormiga aplastada bajo el pie.

Moresby sintió que se le cortaba la respiración.

No por miedo, sino por otra cosa. Por una mezcla de repulsión, de asombro, de asco de vivir.

Su propia esposa iba a ser testigo de la matanza. Lo iba a ver todo desde la cama, para sentirse más cómoda.

Notó que el gigante sonreía.

—Ella tiene razón —dijo, mostrando su doble fila de sanos dientes—. Mi nombre es Nathan, y efectivamente he venido a matar, pero se ha olvidado de una cosa.

—¿De cuál?

—De que nunca fallo un disparo. Durante toda mi hermosa vida no he hecho más que matar. De modo que es inútil que intentes salvarte, pajarito, porque no vas a conseguir más que prolongar tus sufrimientos. Repito: ¿Dónde quieres la primera bala?

Moresby, quieto en el centro de la habitación, notó que, a pesar del calor, brotaban de sus sienes unas gotitas de sudor helado.

Su enemigo tenía ya la pistola en la mano, y además debía ser, efectivamente, un hombre hábil. No le quedaba a él la menor posibilidad de extraer su arma. Tenía que morir allí como un

imbécil o intentar una maniobra suicida, pero entonces el gigante barrería la habitación con sus balas y, además de matarle igualmente a él quizá alcanzaría con uno de sus proyectiles a Ellen.

Incluso en este trágico momento, aun estando seguro de que su mujer le había vendido, pensó que ella debía seguir viviendo. Que no debía sufrir ningún daño por su causa.

Y por eso gruñó:

—Muy bien, macho. Dale al gatillo a ver si me alcanzas a la primera.

El gigante apoyó sus poderosas espaldas en la puerta, mientras reía silenciosamente.

CAPÍTULO XV

Nathan cerró el dedo sobre el gatillo, mientras su malévola risita se convertía de pronto en una carcajada estridente.

Aquel trabajo estaba resultando fácil, demasiado fácil, pero le habían recomendado que no hiciese florituras. Tenía que terminar.

Cuando su índice presionaba ya definitivamente el gatillo, todo su cuerpo fue sacudido por un brutal espasmo, mientras una verdadera traca de disparos sonaba en el pasillo, al otro lado de la puerta.

El gigante Nathan abrió mucho la boca, saltó de una forma extraña hacia arriba, se arrugó, soltó la pistola y por unos instantes pareció ir a gritar, aunque sólo un leve chorro de sangre escapó de su garganta.

Durante unos segundos, Moresby quedó como paralizado, sin ánimos para usar su en otras ocasiones fabulosa capacidad de reacción.

Por unos segundos pensó que la que acababa de disparar, salvándole, era Ellen.

Pero no. La mujer seguía quieta, tranquila, y hasta diríase que una leve e indescifrable sonrisa flotaba en sus labios.

Cuando el gigante cayó de bruces, dejando al descubierto la puerta que antes tapaba con su corpachón, Moresby lo comprendió todo. La hoja de madera de la puerta estaba materialmente tapizada de agujeros de bala. Alguien había disparado desde fuera, al oír la conversación y dar por supuesto, a causa de la dirección de las voces, que el gigante estaba apoyado en la puerta.

Bruscamente sonó un golpe.

Aquella puerta se abrió.

Moresby reaccionó ahora, llevando la derecha a su funda axilar

y sacando instantáneamente la pistola, pero lo que vio al abrirse la puerta le dejó tan asombrado que por unos segundos llegó a olvidarse de que tenía entre los dedos un arma.

Porque el que le había salvado la vida era... ¡Gueraes! ¡Era él quien estaba allí, con la pistola todavía humeante en la mano derecha!

* * *

En medio del asombro de Moresby, quien no sabía qué pensar en aquel momento, sonó tranquila la voz de Ellen:

—Gracias, Gueraes; has hecho lo que yo te dije.

¡Lo que ella le dijo! ¡Por lo tanto Gueraes estaba a las órdenes de Ellen! ¡Gueraes había recibido indicaciones para salvarle si era preciso!

Otra vez el cerebro de Moresby se había convertido en un volcán. Bajó lentamente la pistola mientras su esposa decía:

—No hay tiempo para explicaciones ahora, Pat. Vamos.

El volvió la cabeza.

—Puede que no haya tiempo, Ellen, pero yo no me moveré de aquí hasta saber en qué consiste todo este misterio. Necesito saberlo todo aunque sea la última cosa que haga en mi condenada vida.

Ella se puso en pie ágilmente. Ninguna huella quedaba ya de sus presuntas heridas mortales, a pesar de que aún subsistía en parte el efecto de los barbitúricos. Con voz temblorosa pidió:

—Te lo explicaré mientras vamos hacia el aeropuerto. Allí aguarda un helicóptero que nos llevará a Santo Domingo, al otro lado de la frontera.

—¿Un helicóptero? ¿Y quién lo ha preparado?

—Gueraes.

—¿Por qué?

—¡Dios mío! ¡No perdamos tiempo, Pat!

Ya se oían ruidos y gritos en la parte baja del hotel, pero, pese a ello, Moresby no se movió. Fue Gueraes el que dijo con una extraña calma:

—Yo se lo explicaré. En el fondo es sencillo: Usted vino aquí para detener a Durand o matarlo si se resistía, ¿no es así?

—Cierto.

—Un grupo de policías, capitaneados por el comisario Chaves, sabían eso.

—¿Cómo?

—No hay duda que pueda permanecer secreto demasiado tiempo, amigo mío, y menos un negocio del calibre del de Durand, con varios perros del Departamento de Narcóticos siguiéndole las huellas.

Moresby apretó los labios.

—Chaves y los demás tipos, ¿obraban como tales policías o como simples particulares?

—Como simples particulares. La verdad es que los altos organismos de la policía no estaban enterados de este asunto.

—¿Qué pretendían Chaves y su grupo?

—Que usted matara a Durand.

—¿Por qué?

—Para quedarse con su negocio. El dinero podrido que ganaba Durand no sólo lo ambicionaban sus más inmediatos ayudantes, sino también algunos policías como el comisario Chaves. No se habían atrevido a matar a Durand ellos mismos, porque eso hubiera originado una cadena de imprevisibles acontecimientos, pero en cambio sí que podía matarlo un agente yanqui al que luego ellos liquidarían después.

—¿Con qué objeto?

—Con el objeto de que no pudiera estorbar más. Por otra parte, se daría la noticia de que lo había liquidado Durand antes de morir a su vez, y el Departamento de Narcóticos cerraría el asunto, dándole carpetazo. El negocio de Durand, ya sin dueño, caería en manos de Chaves y los suyos como una fruta madura.

—¿Por qué no intentaron sencillamente hacer la competencia a Durand?

—Porque para ello necesitaban los documentos y archivos de éste y porque resultaba muy difícil competir con Durand mientras éste viviese, aun contando con parte del poder de la policía.

—¿Y qué papel juega Ellen en todo esto?

—Ella era la garantía de que usted sería liquidado. Moresby.

Moresby apretó más los labios, mientras escuchaba los rumores, que se iban acercando. Pero los que estaban en la planta baja del hotel se conducían con esa desorientación típica de las gentes de

color, incapaces de tomar una decisión colectiva. Al no oírse más disparos, vacilaban entre acercarse o no.

Y Moresby dijo:

—¿Por qué ella era la garantía de mi muerte?

—No le quedaba otro remedio Chaves le dijo que sería exterminada si no accedía a la comedia que él le propuso: La comedia de estar gravemente herida, de hallarse al borde de la muerte. Unos golpes superficiales y el efecto de unos barbitúricos contribuirían a apoyar sus palabras. Usted no sospecharía nada.

—¿Pero por qué hacía falta eso?

—Para que usted permaneciese aquí toda la noche, en espera de que muriese.

—¿Y por qué querían retenerme?

—Porque Chaves sabía que no podía matarle cualquiera. Que usted era un perro dogo de los que saben morder. Para matarlo hacía falta un auténtico especialista, y que además fuera de absoluta confianza. Ese especialista era Nathan pero Nathan tenía que llegar a Jamaica y hacían falta unas horas. Tal fue la razón de que se obligara a Ellen a fingir eso.

Moresby contempló a su esposa. La contempló triste, largamente, como si mirase a un ser querido que sin embargo no existía ya.

—¿Y tú accediste? —susurró—. ¿Por qué accediste, Ellen?

Fue Gueraes el que contestó. Fue él quien dijo con voz ronca:

—¿Qué podía hacer? ¿Decir que no? Les hubieran matado a los dos igualmente. En lugar de eso, lo que hizo fue seguir la corriente, y contratarme a mí para que le defendiera. Si se presentaba un momento difícil, yo tenía que estar al quite. Y creo que he cumplido bien mi trabajo, amigo mío.

—¿Pero por qué pensó la policía que... que...?

—... Que había algo más entre nosotros, ¿no? Formaba parte del plan de Ellen. Sólo así no tendría nada de extraño el que yo rondara siempre cerca de ella. Pero jamás he hecho ni pensado nada que pudiera ofenderla.

Moresby sentía que la respiración iba volviendo poco a poco a él, que el sudor helado desaparecía lentamente.

Pero aún necesitó hacer un esfuerzo para preguntar:

—¿No está usted buscado por los policías del presidente

Duvalier, Gueraes?

Gueraes sonrió.

—Mi posición no estuvo clara durante los últimos conflictos fronterizos con la República Dominicana, y el comisario Chaves me tenía en su lista especial de hombres a los que convenía eliminar, pero aún podía moverme con relativa libertad. Eso no quiere decir que no me interese salir del país. Soy un tirador demasiado bueno y un tipo al que gusta demasiado la política. Puede que en cualquier momento me detengan y Bueno, no me gustaría lo que iba a ocurrir después.

—Pero... ¡pero Turner certificó que Ellen iba a morir!

—Naturalmente. Con la línea telefónica intervenida, los hombres de Chaves supieron que usted le llamaba. Antes de entrar en el hotel le hicieron una advertencia: O se aprendía la lección y la recitaba bien, o lo apiolaban antes de diez minutos. Turner no tuvo más remedio que actuar así. Cuando, arrepentido de su primera actitud y dispuesto a afrontar el peligro, regresaba al hotel, se volvió a captar su conversación con la Embajada. Entonces uno de los hombres de Chaves, que vigilaba fuera del hotel, lo exterminó para que no llegase a hablar.

—Y yo le exterminé a él —dijo Moresby lentamente.

—Razón de más para que salgamos cuanto antes —dijo Gueraes—. Todo se aclarará a su debido tiempo, pero es mejor que no nos pidan explicaciones ahora. Cuando llegue a Washington... si es que llega, hace un informe detallado de lo ocurrido, ¡pero ahora corra! ¡No hay un minuto que perder! ¡Eso puede convertirse en un infierno de un momento a otro!

Señalaba la ventana. Ahora los rumores se oían ya muy cerca, señal evidente de que la gente había perdido el miedo y subía. Moresby se dio cuenta de que, en efecto, no podía soñarse peor momento para dar explicaciones. Lo único que había que hacer ahora era huir.

Tomó a su esposa de la mano y la ayudó a saltar por la ventana, que estaba solamente a la altura de un primer piso. Luego saltó Gueraes. Fue entonces cuando una silueta blanca se precipitó hacia ellos.

Sonó un disparo de pistola y Gueraes se llevó la mano al hombro derecho, mientras lanzaba una exclamación:

—¡Es Peyre, el hombre de confianza de Chaves! ¡Es el último que queda!

Una nueva detonación ahogó sus palabras. Pero ahora era Moresby el que había disparado, recobrando su habitual velocidad. Ahora que volvía a creer en la vida, ahora que volvía a tener en Ellen la fe que siempre tuvo, ahora que estaba seguro de que todo, incluso sus manos, volvería a ser normal, no podría detenerle nadie. Ahora llegaría al aeropuerto costara lo que costase. Vivo o muerto, pero llegaría. Y con Ellen.

Peyre se llevó ambas manos a la cabeza, al ser alcanzado de lleno por una bala, y lanzó un aullido que pareció repercutir en el silencio que flotaba bajo las palmeras. Sin perder velocidad a pesar de su hombro herido, Gueraes gritó:

—¡Pronto! ¡Tengo un coche junto a la playa! ¡Vamos!

Moresby sabía que, si lograban alcanzarlo, estarían salvados. Nadie podría detener luego un helicóptero volando a baja altura sobre las selvas que delimitan Haití y la República Dominicana. Todo se lo jugaban en aquellos minutos decisivos.

Cuando vieron el coche estacionado junto a la arena —un «MG» blanco, ultrarrápido, que podía llevarles al aeropuerto en unos minutos— ninguno de los tres pudo evitar un suspiro de alivio.

Pero Moresby tuvo que ahogar una maldición al abrir la portezuela y ver, medio tendida en los dos asientos delanteros, a la chica-blanca-piernas-bonitas, quien estaba haciendo una generosa exhibición mientras le sonreía.

—Hola, gorila. Sabía que vendrías. Me lo decía mi instinto.

Moresby puso los brazos en jarras.

—¿Y no te dice tu instinto que vas a volar, nena?

—¿Contigo?

—No, nena, con tu papaíto. Dile que el año que viene te traiga a una isla donde los hombres sean más galantes.

La tomó en sus poderosos brazos y la depositó con suavidad en el suelo, mientras Gueraes se sentaba al volante y ponía en acción el *demarré*. La chica-blanca-piernas-bonitas pataleó un poco, pero al fin se quedó conforme.

Conforme hasta que vio que Moresby, al arrancar el coche, besaba un instante los labios de Ellen.

—¡Eh, gorila! ¿Qué tiene ésa que no tenga yo?

Y Moresby volvió la cabeza para gritar:

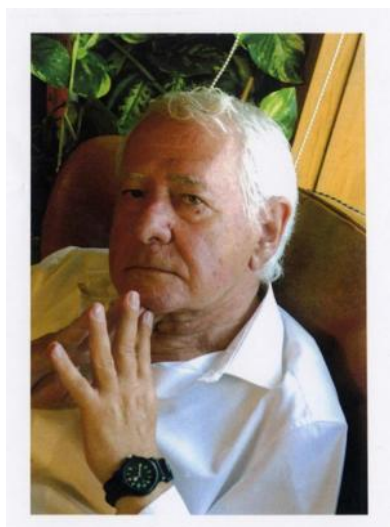
—¡Tiene un marido; preciosa!

La chica-blanca, etc..., quedó pensativa mientras veía alejarse el coche.

—Menudo tonto —susurró—. Si supiera que yo ya he tenido cuatro. Pero ya volverá si ella le deja.

Y se puso en pie para alejarse lentamente hacia Port au Prince.

FIN



Francisco González Ledesma (Barcelona, 17 de marzo de 1927, 2 de marzo de 2015) fue un periodista, guionista de historietas y novelista español. Especializado en los últimos años en el género policíaco, fue considerado como uno de los principales impulsores de la novela negra de corte social en España, junto a Manuel Vázquez Montalbán. Bajo el seudónimo de Silver Kane publicó más de 1000 novelas, la mayoría novelas del oeste, aunque también escribió bajo los seudónimos de Taylor Nummy y Silvia Valdemar, así como novelas románticas como Rosa Alcázar y Fernando Robles, siendo su último seudónimo utilizado en

2007-08

el de Enrique Moriel para dos de sus últimas novelas.

El primer reconocimiento le llega en 1948 cuando gana, con Somerset Maugham y Walter Starkie en el jurado, el Premio Internacional de Novela gracias a *Sombras viejas*. Pero la obra premiada es censurada por el régimen franquista y se frustra el prometedor futuro del autor.

Coartado por la dictadura, González Ledesma empieza a escribir, bajo el seudónimo de Silver Kane, novelas populares para Editorial Bruguera. Desencantado de la abogacía, estudia periodismo e inicia una nueva etapa profesional en *El Correo Catalán* y, más tarde, en *La Vanguardia*, alcanzando en ambos periódicos la categoría de

redactor jefe.

En 1966 fue uno de los doce fundadores del Grupo Democrático de Periodistas, asociación clandestina durante la dictadura en defensa de la libertad de prensa.

En 1977, con la consolidación de la democracia en España, publica *Los Napoleones* y en 1983 *El expediente Barcelona*, novela con la que queda finalista del Premio Blasco Ibáñez y en la que aparece por vez primera su personaje emblema, el inspector Méndez. En 1984 obtiene el Premio Planeta con *Crónica sentimental en rojo* y la consagración definitiva.

Como abogado ha recibido el premio Roda Ventura y como periodista el premio El Ciervo. En 2010 se le otorgó la Creu de Sant Jordi por su trayectoria informativa y por la calidad de su obra, de proyección internacional.

Notas

[1] Policía especial de Haití, a la que la credulidad popular atribuye incluso poderes mágicos. (N. del E.). < <